

Además de estas exigencias, la inserción de lo subjetivo o la primacía de lo concreto activan otros problemas y obstáculos. En concreto, la articulación de generalizaciones fiables en su elaboración y respetuosas tanto con la realidad objeto de análisis como con el ecléctico campo teórico utilizado (Castells e Ipola, 1975) o la construcción de indicadores capaces de comprender cómo se socializaron los signos, los discursos o las construcciones simbólicas de lo real a partir de las vivencias de los sujetos (Dayan y Veyrat-Masson [eds], 1996). Se hace necesario así reflexionar sobre la repercusión que varias dicotomías tradicionales en el debate científico tienen sobre este análisis en el marco de las ciencias sociales: El diálogo o antagonismo entre empirismo y formalismo, objetividad y subjetividad e, incluso, pensamiento científico y mítico condiciona la aspiración holística de esta investigación que, además, pretende ser integral en su proceder analítico. Consciente de que estas cuestiones alimentan polémicas que, como recuerda Kristeva (1978a), se remontan a épocas donde predominaba el pensamiento mítico, este análisis pretende hallar espacios de encuentro hábiles para las preguntas y los objetivos de conocimiento.

Este análisis aspira a comprender un proceso social como un constructo de los discursos y los procesos de comunicación, pero sobre todo de los sujetos que se apropiaron de ellos y los usaron. Por la misma lógica que supera las metodologías empiristas proclives a cifrar el conocimiento científico en la producción de datos, convierte en inaplicables modelos teóricos tan formalizados como los de Talbot Parsons en la sociología funcionalista o los de Chomsky en la lingüística generativa (Núñez, 1993; Barker y Beezer, 1994). Según Lang y Lang (1993), la teoría no persigue tanto la creación de hipótesis generalizadoras como la clarificación de un proceso particular. Desde esa convicción esta propuesta busca dar visibilidad a los efectos macrosociales de la acción medial en el medio y largo plazo (4.1; 4.2) o a los entrecruces de lo masivo con lo intersubjetivo que hicieron posible la resemantización de las propuestas textuales noticieras o políticas en el entorno de la vida cotidiana (3.2.2; 3.1.2). Para ello, se aventura por el complejo camino de los efectos poderosos de los medios (Wolf, 1994) o del análisis culturalista (Curran, Morley y Walkerdine, 1998) y, sobre todo, asume la exigencia de que esta Observación participe localice "indicadores adecuados para fenómenos que son tan extensos como complejos" (Wolf, 1994: 168).

La inserción del investigador en el campo objeto de estudio y en la interpretación (ver 5) no desmiente que esta investigación sólo persigue producir conocimiento científico en el seno de una investigación académica. En consecuencia, no se rehuyen problemas ni temáticas relevantes desde el punto de vista de la investigación y se apuesta por métodos eclécticos que, más allá de su

heterodoxia, se adapten a los objetivos de la investigación. En la medida que evita cualquier sometimiento de las preguntas o del campo objeto de estudio a intereses sociales o políticos, este intento de análisis integral de un proceso colectivo combina la comprensión de lo social a través de los discursos y el texto (cap. 3) con la lectura de la comunicación y la significación en el marco del sistema social aragonés, en su capacidad de producir identidad, ideologías y hegemonía (cap. 4). De esa forma, el estructuralismo y la semiología que, en línea con Saussure, liga el sentido al código deja paso a las aplicaciones de la semiología y del texto a la crítica social; igualmente, la lectura de lo masivo como un tipo de comunicación, como cuestión de discurso se traslada a lo que tiene de proceso cultural y materialidad social; por último, la visión de lo nacional a partir de las relaciones económico sociales, a la manera del pensamiento marxista, o como construcción simbólica, tal cual sugiere el discurso cultural sobre el nacionalismo, queda situada aquí en cómo se vivieron a sí mismos los sujetos a partir de este entrecruce de discursos y, especialmente, de la masificación.

2.2.1. Metodologías cuantitativas y cualitativas.

La misma lógica de poder que mitificó el método en el nombre del rigor atribuido al proceder científico ha demonizado durante décadas las perspectivas de análisis que no se apoyaban en variables estadísticas, cuantitativas, exhaustivas y sistemáticas. En la medida que se obliga a basarse en las respuestas de los sujetos y a no medir esta en términos de cantidad de consumo, sino de percepciones, de vivencias asumidas y compartidas, esta propuesta se distancia de la tendencia que asocia el análisis científico con las metodologías cuantitativas y el razonamiento hipotético deductivo. Jankowski (1993: 59) recuerda como razones no precisamente científica determinados que, desde los años cincuenta, lo empírico y la investigación aplicada se convirtieron en símbolo de lo científico y extendieron sus modelos desde las ciencias naturales a las humanidades y a las teorías de la acción social, dominadas hasta entonces por la investigación cualitativa. Jensen (1993: 12) ha anotado incluso que la Mass Communication Research, símbolo de ese conocer hegemónico, labró su éxito en el apoyo que recibió de "las instituciones y agentes sociopolíticos que confieren legitimidad y financiación a la ciencia", cambio de los servicios que asimismo les prestó.

Para Saperas (1985), ese dominio de lo cuantitativo en la investigación social y masiva tuvo mucho que ver con la planificación económica y social derivada del Welfare State, lo que añade matices a su declive durante las últimas décadas. Si los cambios traídos por la sociedad postindustrial favorecieron que se abrieran las primeras grietas en el desarrollo de lo cuantitativo en el campo de las ciencias sociales a partir de los años sesenta (Wolf, 1991), la sociedad de la

información está creando tal sobrecarga de mensajes y complejidad de entrecruces comunicativos que ha obligado a modificar no sólo las técnicas de medición cuantitativa, sino sobre todo las perspectivas desde las que se mira la comunicación o la significación y las preguntas que se plantean (Wolf, 1994: 179). Aunque la estructura como espacio de comunicación de la sociedad aragonesa en 1992 reenvía más a la sociedad industrial que a la del conocimiento, este análisis se plantea en el horizonte de un marco teórico que, tanto en el campo de los estudios mediales como de los culturales, ha renovado su discurso científico.

Esta investigación asume, pues, que la crisis de la *survey* derivó del cambio social operado entre la primera y la segunda mitad del siglo XX, pero también de su incapacidad para dar respuesta a las nuevas preguntas planteadas. Como anotan Jankowski y Wester (1993), esas limitaciones de los métodos empíricos e hipotético deductivos han quedado en evidencia por los fracasos de la estadística y el positivismo a la hora de producir conocimiento sobre la realidad social y la cultura, pero se han acentuado al estudiar "el comportamiento humano y, en especial, los orígenes que este tenía en la realidad social, en tanto ésta había sido experimentada y vivida" (Ibid, 65). Por tanto, si la quiebra de lo cuantitativo se concentró en el fracaso epistemológico del dato y la revalorización de lo cualitativo tiene mucho que ver con las exigencias metodológicas de la inserción del yo en el análisis, la opción por leer los titulares o las respuestas a los sondeos como formas sociales de vivir el acontecer se alinea en esta creciente afirmación de lo cualitativo que Wolf (1994: 181) atribuye a la fragmentación social, los cambios en las formas de interacción personal y el debilitamiento de los vínculos comunitarios.

Morley y Silver Stone (1993: 181) han destacado que, para hacer significativos los comportamientos, los sondeos de opinión "inevitablemente aíslan unidades de acción de los contextos [...]. La medición de audiencias no es la investigación de la audiencia". Esta denuncia coincide con otras, procedentes de tradiciones liberales, que hacen notar como, para hacer significativo un dato, las técnicas estadísticas lo descontextualizan y le dan una objetividad artificial que no deja de ser la suma de opiniones subjetivas de la muestra del sondeo (Minc, 1995). Sin embargo, esa misma lectura de las encuestas evidencia, como propone Wolf (1994: 175), la exigencia de multiplicar las técnicas de medición, pero más aún de coordinarlas con métodos complementarios de tipo cualitativo. El manifiesto del análisis cualitativo del contenido de Kracauer (1953), que puso en cuestión la objetividad y fiabilidad del método cuantitativo de Berelson, mantiene así su vigencia: en particular sus reproches de que, al descomponer lo real en unidades cuantificables, olvidaba la relación en el interior del texto y, además, organizaban aquellas en

función de categorías que eran atajos cargados de opinión (27). Estas críticas recuerdan, por otro lado, la fracasada relación de Adorno con la Mass Communication Research, que le llevó a calificar el empirismo cuantitativo como superficial y equivocado o, en general, a rechazar una operativa analítica que consideraba dirigida a transmitir información pero no a comprender lo real en su complejidad (28). Como prueba la conexión que se establece entre los discursos de los medios o de las instituciones, los datos de las encuestas y las conductas sociales explícitas, este análisis utiliza los sondeos de opinión como una de las herramientas que permiten elaborar interpretaciones o generalizaciones teóricas. Por tanto, dando por válida esa limitada capacidad epistemológica del dato cuantitativo, se combina con otras técnicas cualitativas mediante unas u otras formas de triangulación.

Con las reservas ya mostradas y otras que se enunciarán, esta propuesta guarda un espacio a los métodos empírico-cuantitativos, sobre todo en la medida que permiten medir algunos estados de opinión pública que, fueran o no efectos directos de los discursos, reflejan el clima social o la agenda temática pública que mediaron la resemantización de los discursos institucionales o mediales por parte de las audiencias (ver cap. 3). El carácter social e histórico de la movilización aragonesa aumenta el recelo hacia el valor epistemológico. De hecho, en la polémica televisiva cada parte facilitó datos contrapuestos de la actitud social ante el convenio, por lo que, en lugar de explicar el comportamiento colectivo, sugerían uso ideológico de una herramienta de poder. Estas dudas sobre la fiabilidad del dato empírico no evita su uso como recurso analítico cuando se considera adecuado para cubrir algún objetivo de conocimiento. Igual que criticó que con la medición cuantitativa "la característica primaria del hecho social, su dinamicidad histórica, es la primera en desaparecer" (Rusconi, en Wolf, 1991: 103), la Teoría Crítica también calificó de superficial y equivocada la aspiración de conocer lo real a partir de las reacciones de los sujetos. Por ello, este análisis intenta combinar unas y otras herramientas en el marco de la triangulación con la intención de que, como apuntan Jankowski y Wester (1993:73), esa combinación de múltiples métodos contrapese "la debilidad" de cada uno de ellos con "la fuerza" de los otros.

Wolf (1991: 101) anota que la estadística da cuenta de la información transmitida por el texto, pero no de su significación, ya que esta "sólo aparece en los contextos y estos no son cuantificables". Esa carencia se acentúa por la importancia que esta propuesta reconoce a los procesos de socialización de los signos, a la forma en que los sujetos vivieron estos acaeceres y a las relaciones que se pusieron en juego en el marco de un complejo juego de prácticas sociales y culturales. La Teoría crítica encontró en la comprensión holística de lo social la forma de no romper la conexión

de los datos empíricos con su proceso histórico (Therborn, 1972; Jay, 1974), pero luego esa perspectiva ha derivado en un tipo de análisis que, en su afán hermeneúico, también han dibujado modelos teóricos alejados de lo real (Habermas, 1994) o que generalizan perdiendo de vista lo concreto (Curran, Morley y Walkerdine, 1998). Algunos enfoques culturales han enfatizado que las técnicas estadísticas sólo establecen "conexiones empíricas entre *hechos* de diferentes órdenes, conexiones de este tipo no proporcionan una base para la predicción o la teoría" (Morley y R. Silver Stone, 1993: 182). Pero han olvidado que, con frecuencia, la generalización a partir de un cierto empirismo cualitativo también constituye un problema para la fiabilidad de su conocimiento.

Si se plantea hasta qué punto este proceso social constituyó un caso de lobbying territorial hacia el Estado o proyecto de construcción nacional (4.1.2), esta investigación se ve obligada a recelar tanto de las dificultades para el conocimiento que plantea el uso lo estadístico, como de las reservas que suscitan los métodos cualitativos. Cuando los métodos cualitativos emergieron en Estados Unidos bajo el impulso de Garfinkel y Schutz, no faltaron quienes los calificaron de *empirismo poético* que de ninguna forma debía contraponerse a la metodología cuantitativa y, además, les negaron capacidad para descubrir leyes o acumular conocimiento (Castells, 1975: 23). Décadas después ese antagonismo entre empiristas y constructivistas o entre lo cualitativo y lo cuantitativo apenas ha variedad (29). Y, ni las dudas abiertas sobre el empirismo estadístico ni las concepciones sistemáticas que ha producido ya el análisis cualitativo ha evitado que los modelos experimentales y cuantitativos continúen siendo símbolo preferente de una ciencia sistemática (Jensen, 1993). Lejos de quienes, apoyándose en la hegemonía de la ciencia natural y social norteamericana, consideran incluso "inaceptable oponer el cuantitativo científico al cualitativo impresionista" (Castells, 1975: 22) o de los que, en línea con cierta tradición cualitativa europea, han enfatizado los reduccionismos y fracasos epistemológicos del empirismo cuantitativo (Mattelart, 1993), esta investigación busca espacios de encuentro e intenta situarse al margen de antagonismos, a veces más ideológicos que científicos.

El campo de estudio y los objetivos de conocimiento de esta investigación convierten en espacio común lo que en otros escenarios aparece a veces como dualidad insalvable. Por ello, intenta superar antagonismos como los mantenidos por Feuer, en su crítica a los nuevos empirismos de las audiencias, o Morley, al defender los métodos cualitativos empíricos. La preocupación por cuestiones como la regionalización de lo aragonés como español a través de lo baturro reenvía a los discursos, la comunicación y la significación, pero sobre todo exige complementar ese análisis

con el valor social del sentido que sólo facilita el análisis económico, político o social (4.2.1.3). De ahí que se apueste por superar esos esquematismos que ligan, por un lado, métodos cuantitativos y ciencias sociales, preferentemente sociología y psicología social, y, por otro, enfoques cualitativos y humanidades, de forma especial las disciplinas lingüísticas. Esa búsqueda de un espacio teórico y metodológico común aplicable a esta realidad objeto de estudio se apoya, primero, en que numerosas investigaciones han tendido ya puentes entre ambas perspectivas y, segundo, en la ventaja de que sus diferencias se concentran en el aparato analítico y en el tipo de teoría que cada uno elabora, por lo que sólo resultan operativas a nivel de método (Jensen, 1993: 16).

Este análisis se sitúa dentro de la "rearticulación interdisciplinaria" que, según Jensen (1993), se está viviendo en el seno de la investigación de la cultura de masas. Sin embargo, se sitúa al margen del tono despectivo que el estudio cualitativo de las audiencias ha merecido en sectores culturalistas europeos, como prueban la calificación de "nueva versión del empirismo" y "funcionalismo" (Mattelart, 1993: 269) o la demonización que han hecho de los sondeos, aduciendo que, primero, hace falta un analista para elaborar la muestra y codificar los *issues* o las respuestas y que, después, sólo esa misma mediación profesional convierte en datos o teoría la información obtenida en el trabajo de campo (Jensen/ Jankowski eds, 1993). Como ya se ha analizado a partir de los resultados contrapuestos de encuestas simultáneas durante la polémica televisiva, esta investigación asume que los sondeos de opinión suman a su valor heurístico que están teñidos de ideología y poder (Schiller, 1996) e, incluso, que en la tiranía de la opinión pública sustituyen a otras "formas sociales de acción política" (Minc, 1995: 25). Sin embargo, esta investigación se apoya en la convicción de que, por encima de controversias teóricas y prejuicios, esa herramienta resulta compatible con otras prácticas analíticas y en sus aportaciones todas ellas pueden ser complementarias (Jensen, 1993: 14).

En suma, esta práctica se siente deudora y parte de esa corriente que, a un tiempo, explora la complementariedad de metodologías cualitativas o cuantitativas y tiende puentes entre las capacidades analíticas de las ciencias humanas y sociales. La lectura de la reivindicación autonomista e hidráulica aragonesa y el conflicto social derivado del convenio audiovisual desde el punto de vista de la socialización de los signos y los discursos remite a análisis de las ciencias humanas, preferentemente cualitativos (30). Pero, al intentar comprender la producción de identidad colectiva o los cambios que se produjeron en el sentimiento de membresía con el Estado, así como otros posibles efectos de tipo cognitivo o macrosociales por los procesos de

comunicación social, sitúa el análisis en las ciencias sociales. Aunque la semiótica social ofrece posibilidades de encuentro entre la visión sociocientífica de la significación y la humanística (Jensen, 1993), el enfoque de lo discursivo y textual que esta investigación dibuja va más allá de un análisis semiótico, por ambicioso que este sea. La búsqueda del valor social de la significación en términos de cultura y poder remite a conceptos teóricos y modelos dispersos también en la filosofía, la economía, la sociología, los estudios culturales y la teoría política.

2.2.2. Los entrecruces de empirismo y formalismo.

Al optar entre enfoques empíricos o formalistas, descriptivos o interpretativos, objetivos o subjetivos, se ponen en juego decisiones que muestran intenciones y objetivos de conocimiento. De hecho, el lugar que se otorgue en este caso al análisis inductivo, que parte de lo singular para producir luego teoría, o al hipotético deductivo, dirigido a probar de forma experimental una generalización previa, y, sobre todo, la forma en que se use uno u otro razonamiento quizá afecte al carácter y rigor científico del trabajo, pero más aún a lo que la semiótica social ha llamado investigación para la acción o a la crítica social que se quiere efectuar a través de la significación. El hecho de que no se persiga la elaboración de modelos, pero tampoco se busque una simple inmersión neutra, descriptiva, en esta movilización social explica que, aún compartiendo otros aspectos de su propuesta analítica, no se comparta el excesivo empirismo de algunos análisis culturalistas porque, como ha dicho Mattelart (1993), de esa forma se renuncia a comprender la causalidad de lo social; aclara también que desconfíe de quienes, para generalizar, olvidan lo concreto, incluso aunque se trate de la tradición crítica (Barker y Beezer [eds], 1994).

Cuando reflexiona sobre la viabilidad y atributos de una teoría de la literatura, Mignolo (1978) señala que, al menos, hay dos maneras de acercarse a los hechos literarios: describiéndolos en su particularidad tal como ocurren o construyendo modelos abstractos que los expliquen. Dificilmente puede inferirse que uno de estas dos opciones facilita, en mayor medida, la reproducción o reformulación de las relaciones sociales. Si la formalización se ha traducido frecuentemente en teorías explicativas, pero también legitimadoras de lo social dominante, el empirismo ha devenido en miopía analítica porque, como ha dicho Kristeva (1974: 60), ni la escritura es transparencia de un pensamiento, ni la lectura puede reducirse a percepción e interpretación de los textos por parte de un sujeto. Al apostar por la socialización del signo esta propuesta se aleja de la lingüística saussuriana porque mira el discurso desde la lengua (31) y se aproxima a las teorías semióticas y del texto que, en línea con Peirce o Morris, leen el lenguaje desde los usos pragmáticos y los

contextos. Se distancia, por tanto, del estructuralismo antropológico de Levi Strauss, de la Glosemática de Hjelmslev, del funcionalismo social de Talbot Parsons, de la gramática Generativa de Chomsky, o de la semiología general de Eco. Con esas renunciadas se asume el riesgo de perder de vista las lógicas de la causalidad de las conductas y los discursos; pero, al estudiar la producción y el consumo de los signos en lo que tuvieron de procesos sociales de una sociedad dada en una época concreta (Kristeva, 1974:62), se facilita la comprensión de los dispositivos culturales que la hicieron posible y, por tanto, de su causalidad en términos de ideología y poder.

Verón (1997) ha denunciado que, a partir de Saussure, la semiótica europea se ha obsesionado con los códigos, hasta el punto de que "la supuesta universalidad de una teoría lingüística ha sido transferida con exceso a objetos que no pueden separarse de prácticas específicas" (Ibid, 51). Esta cara de la deriva estructuralista carga las tintas hacia los aspectos epistemológicos, como prueba su afirmación de que los mejores resultados de la semiología han llegado cuando ha tomado como "objeto de partida fenómenos significantes que son el resultado de prácticas sociales institucionalizadas" (Ibidem). Esta crítica a quienes han padecido la obsesión constructivista podría extenderse a quienes han acabado produciendo modelos analíticos inaplicables a la comprensión de lo social o han sacrificado lo real y social discursivo a costa de obtener formalizaciones conceptualmente inteligibles. Más allá de los posibles excesos entre la generalización excesiva, la formalización ha producido teorías esporádicamente eficaces para analizar e interpretar lo real lingüística, literaria, antropológica o culturalmente. Pero eso no quita validez a la recomendación de Núñez (1993:10) para evitar cualquier formalización para explicar prácticas que siempre ha sido posible comprender sin cooperación de teoría alguna.

Aunque otorga preferencia a la descripción e interpretación de las conductas y los discursos, esta investigación incorpora como parte de su aparato analítico algunos de los modelos teóricos que han probado su capacidad explicativa en el campo de la acción y del relato. En concreto, para explicar cómo evolucionó la conformación de algunos estados de opinión pública, en concreto, la animadversión hacia la centralización política (4.1.2.1) o la adhesión hacia los componentes soberanistas de la autonomía plena (4.1.2.2) se usan los conceptos y procedimientos analíticos del relato estructural, como los modos enunciativos (Todorov, 1975) o los modelos actanciales de Bremond (1970) y Greimas (1971, 1977), y también de sondeos periódicos, a la manera de la Mass Communication Research (Martín Serrano, 1978). En cambio, al combinar la atención a la secuencialidad de los hechos con cinco cortes en momentos decisivos de la movilización, no se comparte el antagonismo que Levi Strauss (1970) encuentra entre estructura y acontecimiento,

entre enfoques sincrónicos y diacrónicos ni su supuesta imposibilidad de hacer inteligible lo real en su integridad a través de los procesos.

Mattelart (1993) sugiere que la traslación de un modelo teórico a las complejas interacciones de la comunicación y la significación demuestra hasta qué punto los modelos construidos en situación de laboratorio se revelan inaplicables en una realidad social. Aunque se ajustara en su momento a las necesidades de la Communication Research y del funcionalismo estructuralismo, la concepción de la comunicación como un permanente reenvío y entrecruce de socialidades (3.2.2) impide, en este caso, describir aquella a partir de relaciones causales entre un número pequeño de variantes. Entre otros efectos, esa decisión conllevaría una reducción analítica que ocultaría el espesor cultural y social de la comunicación (4.1; 4.2; 3.2). Cuando estudiaba los efectos limitados de los media, Hovlan ya avisó de la inadecuación entre los campos de laboratorio y el análisis de situaciones reales, partiendo de lo vivido con el concepto de audiencia: En el laboratorio todos los componentes de la muestra se hallaban expuestos de igual forma al mensaje; en su situación natural, se producían distorsiones según las predisposiciones, actitudes e, incluso, situaciones de cada individuo. La descontextualización del intercambio simbólico que tuvo lugar a lo largo de esta movilización social devendría en un obstáculo epistemológico para hacer visibles no sólo algunas lógicas enunciativas, como las motivaciones empresariales y de clase en el tratamiento medial, sino sobre todo el espesor ideológico que alentaba en gran parte de las propuestas textuales.

Para Núñez (1993: 9), no es aconsejable desdeñar las reglas que emanan de una experiencia práctica "colectivamente compartida e históricamente acumulada", incluso aunque no procedan "de una invención reflexiva y consciente" (Ibid, 11). Pero, si se otorga a la teoría la capacidad de explicar determinadas prácticas sociales o culturales o de detectar qué sentido tiene la adopción de determinadas reglas o convenciones por parte de una sociedad, difícilmente debe obviarse que, como ha hecho constar Wolf (1991: 22), la formalización sólo en algunas ocasiones ha adquirido el rango de "conjunto coherente de proposiciones, hipótesis de investigación y adquisiciones verificadas", mientras que en la mayoría se ha dibujado más como "una tendencia significativa de reflexión y/o de investigación que una teoría en sentido estricto de la palabra". En este caso, la conciencia de inferioridad respecto a lo español o, incluso, lo catalán y la capacidad reconocida a algunos tópicos identitarios, como el Ebro o la jota, facilita la comprensión de algunas conductas y discursos a lo largo de esta movilización, pero difícilmente permite formular teorías sobre el carácter cívico o territorial de la identidad producida a partir de esas apropiaciones por parte de algunos grupos sociales (4.1.1.1; 4.1.2.3). En cualquier caso, no se desprecia la oportunidad de

conocimiento que abren las mecánicas de lo que Levi Strauss (1975: 33) denomina *relojes pequeños* por su funcionamiento muy regular y cíclico, como es el caso de los ritos o los mitos, lo que da valor analítico también a los usos del culto pilarista o de la leyenda de San Jorge que se actualizaron.

Bajtin (1995: 106) detalla el progreso de la generalización, la abstracción empírica y la tipificación a lo largo de un proceso que, a partir del siglo XVII, reestructura el modelo de conocimiento. En ese proceso destaca una manipulación interesada de lo general y lo concreto que, en su opinión, se deja sentir especialmente en el realismo del Siglo de las Luces. Al lado de lo general permanece el caso único, cuyo valor es ejemplificar lo general; en contraposición, el caso aislado adquiere el valor de hecho incontestable y perentorio, de donde surge la tendencia característica al documentalismo primitivo. Desde esos parámetros, lo general y lo concreto empezaron a marcar una concepción del conocimiento y de las herramientas analíticas, en ambos casos aún vigentes. De hecho, tanto el análisis mediático y cultural como el semiológico y discursivo se debaten todavía, como ha hecho constar Morin (1976: 191), entre el estudio particular difícilmente generalizable o la búsqueda de un nivel de abstracción inutilizable. Como aspira a evitar reduccionismos analíticos (33), esta investigación aspira a integrar las descripciones e interpretaciones concretas que realice el observador participante con generalizaciones que permitan inferior conceptos interdependientes, pero no leyes generales dirigidas a explicar fenómenos muy diversos. El material que proporcionaron los medios u otros actores sociales (7.4.2; 7.4.3) facilita una fenomenología sistemática apoyada en una investigación empírica como la propuesta por Morin (1976). No obstante, en lo posible se sigue lo anotado por Núñez (1993: 14) de que "el hecho de que los significados se comprenden" es lo que ha de servir de criterio al analista "para explicar qué y en que condiciones se produce".

En esa lógica ni siquiera se descarta la aplicación de un empirismo cualitativo impresionista, pese a las reservas que pueda suscitar la acumulación de situaciones singulares a ojos del investigador que las propone (Castells, 1975), o el método abductivo, siempre que la teoría se ajuste a la complejidad de la realidad social estudiada y la respete (Baxendale, 1994), y las *generalizaciones simbólicas* de los métodos cualitativos que se alejan menos de lo real (Jensen, 1993). En cualquier caso el camino hermeneúutico elegido para ir más allá de la observación y descripción de lo concreto no se usa como camino hacia la generalización gratuita y especulativa ni hacia la abstracción apoyada en la acumulación estadística, exhaustiva y sistemática de datos. Este análisis no persigue articular una explicación general sobre este proceso colectivo y, mucho menos, una

conclusión predictiva sobre la posibilidad de que los cambios operados en la identidad o en las relaciones de poder puedan devenir en determinados cambios institucionales o sociales. Se conforma, por tanto, con una teoría que tenga capacidad explicativa a partir de "una configuración de conceptos interrelacionados" (Jensen, 1993: 16).

Si se usa dentro de procesos inductivos, el método abductivo permite inferir sobre un caso particular a partir de una regla y, cuando se procede de forma deductiva, opera como conjetura teórica que puede ser confirmada mediante una prueba experimental (Velázquez, 1993: 25/29). Por ese camino, la acumulación de enunciaciones melodramáticas por parte de unos y otros actores sociales permite la inferencia de que gran parte de los actores sociales vivieron identitariamente el acontecer apoyándose en lo emocional (3; 3.2.1); o, la hipótesis de que un proceso de construcción nacional necesita una serie de fases, entre las que se encuentra la de agitación social a través de la cultura de masas (4.1.2; 4.1.2.3), permite deducir, una vez que se ha probado el papel de vanguardia identitaria jugado por los medios aragoneses y la generalización social y territorial del apoyo a la demanda de autonomía plena, que esta movilización cumplió algunas fases de ese modelo de construcción nacional. En ambos casos se rehuye a polaridad entre el valor epistemológica del dato y la capacidad explicativa de los modelos teóricos (34), aunque se asume que, en palabras de Wolf (1991: 120), esa contraposición "se mantiene constante" en la práctica científica, aunque "bastante más problemática y rica, de lo que el debate ideológico que arranca de ella acostumbra a presentarla".

La obsesión por explicar la causalidad de los fenómenos a partir de teorías ha afectado de forma negativa a epistemologías contrapuestas: La Escuela de Frankfurt acabó incapacitada para analizar los procesos sociales concretos porque, de forma "preliminar y adicional, a cualquier objetivo específico que se espere obtener", exigía analizar "el papel general de los medios de comunicación en el actual sistema social" (Lazarsfeld, en Wolf, 1991: 106); la excesiva generalización conceptual de la teoría de Parsons imposibilitó al funcionalismo norteamericano para "comprender la realidad social en un momento histórico" (35). Por ello, aunque asume que la formalización se revela como un componente necesario del procedimiento científico, este análisis no olvida los peligros de privilegiar la aproximación especulativa o, en todo caso, de condicionar el proceder analítico a la teoría: La primacía que aquí se da a los métodos cualitativos o a la observación partícipe revaloriza la tesis del Grupo de Glasgow de que el contenido inferido en un análisis textual no depende tanto de lo real como de la respuesta que se dé a los problemas teóricos (Barker-Beezer, 1994: 83). De hecho, igual que Radway asume en sus estudios sobre las audiencias femeninas y las historias de

amor que "las conclusiones extraídas deberán extrapolarse sólo con mucho cuidado" (Jensen, 1993: 176), las conclusiones de esta investigación tampoco buscan una generalización posterior para otros casos similares.

Aún así, la visión holística que se propugna exige superar la "falta de sistematismo" y "actitud vaga y generalizadora" (Wolf, 1991: 118), atribuida a la teoría crítica o al análisis culturoológico (36). Eso presupone conformar un corpus teórico coherente, donde coexistan conceptos tan complejos y diversos como espacio público, acontecimiento mediático, construcción nacional, dominación o identidad, o la construcción de un metalenguaje que, a la manera del proceder metafórico, garantice una representación analítica de lo real que reifique el objeto (Migñolo, 1978). Ambas pretensiones tienen menos que ver con el aviso de que, como práctica científica dominante en los países culturalmente dependientes, el empirismo ha devenido en signo de dominación (Castells, 1975: 11) que con la necesidad de pasar de la descripción general de los sistemas a la comprensión de los procesos comunicativos y sociales (Wolf, 1991). Aunque la significación pueda comprenderse sin necesidad de una reflexión o, como dice Núñez (1993: 15), no sea "necesario hacer explícito en un nivel significativo lo que pueda comprenderse directamente [...] en un estrato más profundo de significación", la formalización puede ayudarnos, en palabras de Max Blau, "a advertir cosas que de otro modo pasaríamos por alto y a desplazar la importancia relativa concedida a los detalles: brevemente, a ver nuevas vinculaciones" (en Migñolo, 1978: 324/5).

2.2.3. Objetivismo positivista o subjetivismo cualitativo

Para la observación naturalista existe el riesgo de que la presencia del investigador distorsione los fenómenos observados (Wolf, 1994: 174) o la construcción de interpretaciones (Grandi, 1995: 253). La polémica sobre el papel del investigador atraviesa la mayoría de las metodologías cualitativas y constituye una de las preocupaciones para la fiabilidad científica en los enfoques cuantitativos. Desde esta perspectiva, Castells e Ipola proponen un cientifismo social en el que la investigación se limite "a comprobar los datos, reunirlos y sintetizarlos por un proceso de abstracción que permita manejarlos eficazmente" (1975: 168). En la medida que recuerda planteamientos, como el de Galtung (37), esta concepción hace derivar el conocimiento de la purificación del hecho constatado o dato, no de un proceso de producción o transformación. Igual que el formalismo puede acabar vedando el conocimiento sobre lo real más que revelarlo, este empirismo positivista deviene en obstáculo epistemológico para las ciencias sociales porque incurre en la paradoja de restablecer

subrepticamente el sujeto: Como anota Castells (1975: 171), la inferencia entre dos datos para producir un concepto "no puede ser fundada más que en la interpretación del investigador" (Castells: 1975:171).

La inevitabilidad del sujeto no excluye la validez de la observación como método científico de recogida y tratamiento estadístico de datos ni su aplicabilidad a esta investigación. La preferencia anunciada por el análisis interpretativo no disminuye la objetividad que podría aportar la observación. Sus apologistas admiten que formula o comprueba hipótesis definidas de acuerdo con "un sistema conceptual, cuya estructura se impone al observador como un marco anterior a la observación misma" (Anguera, 1978: 20). Sin embargo, olvidan que esa operación conceptual sólo es posible a partir de un sujeto, como ha puesto de manifiesto la descripción etnográfica al devenir en aplicaciones hermenéuticas donde investigador y audiencias se han integrado en un mismo proyecto de conocimiento (Ang, 1997). Además, la capacidad de la observación para leer los fenómenos "tal como se presentan, sin modificarlos ni actuar sobre ellos" no asegura mayor científicidad que otros métodos que "implican una variación o perturbación provocada intencionalmente por el experimentador" (Anguera, 1978: 22).

Las experiencias vividas por el observante a lo largo de este proceso social y ahora recordadas, entre ellas la participación en las reuniones donde se tomó la decisión de hacer frente al Pacto Autonómico y de movilizar a la sociedad aragonesa, no se traducen en datos estadísticos, pero puede insertarse en el positivismo observacional. Por más que el sujeto se sitúe en el centro de este procedimiento, su fiabilidad queda probada por la inmediatez con la que el sujeto percibió las conductas y los hechos. Por ello, ese sujeto cognoscente se inscribe, incluso, en el campo objeto de estudio puesto que, al optar por la observación partícipe para comprender esta movilización social desde su interior (38), no sólo asistió como espectador del proceso; también se implicó en él y lo construyó desde su rol profesional y sus convicciones culturales, políticas o ideológicas. Si la construcción de interpretaciones de una realidad nunca constituyen actos neutrales y son tan subjetivas como políticas en la medida que intervienen sobre discursos ya existentes (Grandi, 1995: 252), esta mediación de lo subjetivo en el análisis y en el campo objeto de estudio afecta a la producción de conocimiento, hasta el punto de condicionar la delimitación de las hipótesis, la formulación de las preguntas, la socialidad de la percepción sobre los hechos y la producción de conceptos y teorías.

Las metodologías cualitativas han enfatizado que cuando la mirada científica se reduce a la observación y a la descripción de lo real desde un empirismo estricto el proceso de conocimiento

queda limitado o frustrado; y, también, que la mitificación de la objetividad del conocer científico conduce al idealismo de negar el principio de que hasta en el dato más empírico anida la subjetividad. Por más mecanismos que incorporen como garantía de objetividad científica (39), ni la observación más externa y estadística evita que el observador actúe como variable capaz de distorsionar los resultados y menguar su validez. No sólo los métodos cualitativos, que asumen e integran lo subjetivo, consideran determinantes "las propensiones del observador, de réplica, de la reactividad del sujeto", a la manera que han hecho Kurt y Gladys Lang (1993: 235) en la Observación directa (40). También empiristas radicales, como Anguera, admiten que el observador "se halla limitado por la sensibilidad de su aparato perceptivo, por los marcos y categorías de que dispone para ordenar su experiencia sensible, así como por los aspectos motivacionales y psicológicos que le conducen al autoengaño" (1978: 155).

Con esas convicciones se otorga la misma relevancia al rigor y sistematismo en la recogida de datos que a su interpretación. Ang se ha acercado al realismo empírico cuando ha analizado la forma en que las mujeres viven algunos relatos mediales; también lo han hecho Morley o Bordieu con su pretensión de comprender los placeres populares o los procesos de reconocimiento que los sujetos activan en su diálogo con la comunicación de masas (Grandi, 1995: 270-1). Esta investigación busca, igualmente, la forma en que unos y otros sectores sociales o públicos se apropiaron de la movilización y de sus discursivizaciones, sobre todo las mediales e institucionales. La incapacidad de reducir a datos algunas de las formas en que los sujetos hicieron suyo el acontecer (4; 4.1; 4.2) o la imposibilidad de estructurar en un número de variables las interacciones sociales que hicieron de lo social un texto (ver 3; 3.1; 3.2) no menoscaba la fiabilidad del conocimiento. Sobre todo, porque, para interpretar, más que describir, las condiciones sociales que hicieron posible esas vivencias de lo social, se contrasta esa información con otros datos objetivos y empíricos o, incluso cualitativos. Las declaraciones de los manifestantes entran así en relación con los titulares y relatos mediáticos, con los discursos institucionales o con los mismos sondeos que reafirmaban el apoyo masivo a la autonomía plena y a la celebración de un referéndum (4.1.2; 4.1).

De esta forma se superan algunos aspectos de la puesta en cuestión del empirismo, que ha afectado incluso a algunos enfoques cualitativos. Esta investigación intenta superar la propensión de métodos como la Observación directa o el estudio de los casos que producen "mucho descripción en vivo, pero [...] poco [...] más allá del resumen general de las recensiones del observador" (Lang y Lang, 1993: 236) y sacan "pocas inferencias, la mayoría son *ad hoc* sin que medie ningún esfuerzo para ponerlas a prueba a fin de comprobar sistemáticamente sus datos" (Ibid). En su búsqueda de análisis

de lo sucedido, esta investigación convierte en referencia próxima la interpretación significativa o la explicación causal de Max Weber: En palabras de K. y G. Lang, ese procedimiento da sentido al comportamiento de los otros, a sus estados de ánimo o a la forma en que ven la situación infiriendo a partir de lo que observan u oyen (1993: 248). Como este análisis necesita evitar que la descripción y el dato se conviertan en obstáculo epistemológico, incluso el enfoque etnológico de Levi Strauss (1975: 132) permite combinar "en el orden de la cultura, la [...] descripción, observación, clasificación e interpretación que el zoólogo o el botánico hacen en el orden de la naturaleza".

En las ciencias sociales y humanas la observación naturalista ha demostrado escasas capacidades para extender y generalizar los resultados o, en su defecto, una tendencia acusada a distorsionar los fenómenos en el proceso de elaboración teórica. Más acordes con esos objetivos y exigencias de esta investigación se han mostrado, por el contrario, la interpretación hermeneútica o la observación participante. A partir de cómo lo concibieron Dilthey o Weber (41), la interpretación hermeneútica ha permitido a Habermas dar una explicación estructuralista de los procesos (en Aufenanger/Charlton, 1991: 6); por su parte, la Observación partícipe ofrece una amplia gama de opciones metodológicas (42), aunque todas ellas comparten el análisis de la interacción social y la interpretación del observante (Kurt y Gladys Lang, 1993). Cualquiera de estos dos métodos se alejan de los parámetros del método científico empírico-cuantitativo y sus objetivos de conocimiento y se acercan a la pretensión científica de Adorno, cuando, tras su fracasada relación con la *Communication Research*, proponía "interpretar los fenómenos", en lugar de "filtrar, clasificar los hechos y dejarlos disponibles como información" (en Wolf, 1991).

La pretensión de comprender esta movilización social a partir de la significación que produjo como texto, y no a través de la información obtenida sobre esa realidad, sitúa esta investigación en ese horizonte de conocimiento en el que se bucea en lo social mediante uso conjunto de la observación, la subjetividad, los datos o conceptos y la interpretación. Mediante ese entrecruce de herramientas emerge la creatividad del analista mucho más que si, como podría hacerse en esta investigación, el conocimiento se basara en el cómputo estadístico del número de primeras páginas o de ediciones abiertas por los diarios aragoneses con la autonomía plena o la televisión. Este procedimiento explicaría aspectos relevantes del funcionamiento de los discursos, pero tendría más dificultades para penetrar en el sentido social de esas conductas. Morley (1993: 196) define el conocer científico como "una cuestión de interpretación, de construir la realidad a partir de una posición particular, más que una empresa positivista que busca una perspectiva científica correcta". En este la combinación de esa conducta observada en los medios con las expectativas sociales de las audiencias, los intereses

empresariales de los medios y sus relaciones con las principales instituciones públicas permite el acceso a matices del sentido mucho más relevantes que los inferidos por el simple cómputo estadístico de esa titulación mediática.

Dentro de su adscripción a la tradición comunitarista que asume la mediación de la matriz social del observador en esa creatividad subjetiva (Mulhall/Swift, 1996; Jay, 1974), Adorno y Horkheimer enfatizaron que ese yo social cognoscente proporciona a la investigación una objetividad suficiente para hacer fiable el procedimiento analítico. Esa socialidad del observador sirve en este caso de filtro para la percepción de las experiencias, de los materiales documentales y de la misma formalización, por lo que facilita la cientificidad de la subjetividad y la interpretación que se produzca. En cambio, la tesis de Habermas (43) de que "si el lenguaje es el acceso privilegiado a lo real, al intentar explicarlo sólo es adecuado el método de la interpretación del significado" (en Aufenanger/Charlton, 1991: 6) resulta insuficiente para los objetivos de esta investigación, porque la determinación económica, sociológica, psicológica o política se revela necesaria para el acceso al valor social del sentido. A esa indagación contribuyen, no obstante, la observación interactiva y la pregunta hermenéutica, dos herramientas habituales en Habermas y que aquí posibilitan indagar en las dimensiones culturales del sentido que adquirieron los relatos sociales o de la recepción como instrumento de socialización.

La preeminencia que esta investigación reconoce a las audiencias en la producción de sentido (3.2; 3.2.2; 3.1.2) hace que el sentido cultural e ideológico de las acciones y comportamientos insertos en la reivindicación autonómica y el conflicto televisivo no descansa sólo en la discursivización institucional, mediática o social. En consecuencia a las aportaciones de los modelos narrativos que Bremond (1970) y Propp (1968) elaboraron para explicar las diferentes formas de relatos se suman en este caso una amplia gama de métodos que han buceado en la resignificación que las audiencias hacen de los diferentes discursos sociales en el contexto de su cotidianidad (Barker/Beezer [eds], 1994). Entre ellos, la propuesta de Habermas enriquece el análisis culturalista ya que desplaza los efectos al "papel que los medios desempeñan a la hora de resolver las cuestiones esenciales de la vida" (Aufenanger/Charlton, 1991: 7/9). Y la Ciencia cognoscitiva de Cicourel analiza la recepción como sociología de la vida cotidiana, por tanto lee aquella desde los usos y prácticas sociales que revelan descripciones empíricas y desde las preguntas que sugiere el sentido común (Saperas, 1985: 240). Estas propuestas enriquecen, también, el análisis cultural de la intersubjetividad que hizo posible que las audiencias reduplicaran y amplificaran los mensajes de los medios relativos a la autonomía plena (4.1: 4.1.1.3), mientras se resistían o no aceptaban esas mismas propuestas respecto al conflicto televisivo (4.2.2.3).

Asumida la lectura de las interacciones sociales desde los procesos y a través de la gente implicada (Morley, 1993: 187), la Observación partícipe dificulta una visión panorámica del acontecer y los discursos; en cambio, posibilita la reconstrucción contextualizada de esa forma social de vivir el acontecer y los discursos: Por un lado, permite recoger y obtener de forma sistemática informaciones y datos sobre las rutinas productivas que operaron en los media y sobre los hábitos o variables cotidianas que condicionaron el consumo de los mensajes (Wolf, 1991: 211); por otro, facilita el acercamiento a "quién escribe, acerca de quién y desde qué posiciones de conocimiento y poder" (Morley, 1993: 196). En el primer caso, las rutinas profesionales y los hábitos de consumo explican el valor cultural y político que se reconoce a la primera y tercera página de *Heraldo* o algunos programas de línea abierta de Radio Zaragoza, como *Estudio de Guardia*; en el segundo, la inserción del participante en la comunidad interpretativa que produjo el sentido permite ir más allá de la dimensión individual del gusto y concentrarse, siguiendo a Greimas (en Grandi, 1995: 220), en lo colectivo de esa valoración. Además, la posición del observante en el centro institucional de esta movilización (ver 5) permite eludir el peligro aludido por Newcomb (1993: 126) de que, cuando el participante "sabe poco o nada de los procesos implicados, las observaciones estarán limitadas, dirigidas con estrechez de miras, o serán simplemente incorrectas".

Algunos tipos de observación participante, como la de masas o la múltiple (44), se ajustan de forma especial a las manifestaciones autonomistas o el ambiente vivido en la moción de censura contra el Gobierno de Aragón, acontecimientos centrales en este proceso social. En ambos casos, facilitan su análisis como expresiones colectivas de euforia, devoción, y miedo, a la manera que acostumbra la observación de masas; la concreción espacial y temporal de esta movilización social acerca esta investigación a las condiciones usuales de la observación múltiple. Además, sus características como campo objeto de estudio y los objetivos de conocimiento desactivan algunos de los obstáculos epistemológicos derivados de ambos métodos: Por un lado, al elegir su comprensión como discurso o producción de identidad, se cumple suficientemente la exigencia planteada en la observación de masas de que el acontecer social sea accesible al investigador desde los puntos de vista seleccionados; y por otro, como se centra en datos explicitados por los medios y las instituciones públicas o por la posición del observante, salva el principio de Goffmann de que "cuanto más se preocupa el individuo por la realidad no asequible a la percepción, más tiene que concentrar su atención en las apariencias" (Lang y Lang, 1993: 240).

Con todo, el protagonismo otorgado al investigador hace de él un instrumento analítico privilegiado. Su inclusión en el campo objeto de estudio y, sobre todo, su grado de integración en la realidad que

se analiza y en el conocimiento que se persigue convierten su mediación, tal como anota Jankowski (1993), en una variable metodológica central. Más aún, porque su participación resulta necesaria, a la manera que apuntan Lang y Lang (1993), para pasar de las observaciones dispersas y fragmentadas a las interpretaciones sociológicas o discursivas. Si se tiene en cuenta que los discursos sociales multiplicaron las valoraciones negativas hacia quienes personificaban las posiciones del Gobierno Central, que el modelo actancial de Greimas o las funciones de Propp incluyen la figura del agresor o que el imaginario colectivo aragonés acumula siglos de desconfianza hacia el estado centralizado, sólo la mediación del interpretante pone en relación esas variables para dar coherencia interna al razonamiento y producir el conocimiento de que los impulsores de la reivindicación se aprovecharon de la estructura de oportunidad para demonizar el centralismo y convertirlo en un atributo central de la movilización. Este uso de la triangulación, por otro, asegura un cierto grado de objetividad en el proceder analítico, puesto que maneja datos ajenos a las expectativas del investigador y, sobre todo, independientes de la posición y participación del sujeto en relación con el acontecer social que se analiza.

La vaguedad que propicia el análisis de lo real como interacción social genera dudas epistemológicas que, como apunta Morley (1993: 189), va más allá de la desconfianza hacia el dato, porque dificulta la interpretación clara y objetiva que se exige a la ciencia positiva. Al preocuparse por las conexiones interdiscursivas que hicieron posible estos procesos de comunicación social, al situar la dinámica de la comunicación en el espacio donde se articula lo público y lo privado, no sólo se descartan unas preguntas y se abren otras nuevas; también se dificultan análisis conductistas o sólo cuantitativos en favor de otros más interpretativos y especulativos. Al margen de la polémica entre los propios culturalistas, esta propuesta busca superar este obstáculo mediante la combinación de perspectivas y de herramientas. Así la etnografía (45) permite observar e interpretar el sentido cultural de las prácticas sociales que, como las manifestaciones autonomistas o el conflicto por la televisión, implica "momentos y fases de crisis, [...] fenómenos y acontecimientos ambiguos, inciertos o poco claros" (Wolf, 1991: 211). Tomando como referencia alguno de los usos que de ella han hecho los Estudios Culturales, no sólo permite estudiar las audiencias o la socialización de los discursos según ha sido vivida por la gente; también permite aprovechar la dualidad del sujeto como observador exterior y participante (Lang y Lang, 1993).

2.2.4. Métodos inductivos o hipotético deductivos.

La retórica del postmodernismo enfatiza el rechazo hacia los sistemas explicativos, hacia las totalidades, pero de forma paradójica incurre, como señala Hebdige (1997: 110) citando a Derrida, en un juego de parábolas y profecías que acaban siendo un diagnóstico tan altamente esquemático y especulativo como el que rechazaban de partida. En ese viaje entre lo personal, lo particular y lo concreto, por un lado, y lo público, lo general y lo abstracto, por otro, "el fantasma de la totalidad flota en el aire" como el sueño "del objeto imposible" (Ibid, 111). Lejos de antagonismos excluyentes, esta práctica científica se apoya en que, como hace constar Jensen (1993), la experiencia ha demostrado que, conjuntamente o por separado, tanto la inducción como la deducción pueden conducir al conocimiento científico. En este caso, la exigencia de describir e interpretar la forma en que los sujetos sociales vivieron este acontecer impone metodologías inductivas; sin embargo, la pretensión de comprender lo que hubo de discurso simbólico emocional, de construcción nacional y proceso identitario en esta movilización conduce a la aplicación de conceptos y modelos teóricos.

Ese planteamiento no ignora la hegemonía de los enfoques hipotético deductivos en el pensamiento científico, ni su influencia en que habitualmente se ligue la cientificidad de un análisis al uso de modelos hipotético deductivos. Como señala Castells (1974), en ciertos ámbitos de las Ciencias Humanas y Sociales se mantiene aún vigente esa desconfianza hacia los enfoques que acumulan situaciones singulares, pero no descubren leyes ni producen conocimiento teórico. De hecho, algunas formas de etnografía y de inducción analítica han visto cuestionado el valor científico del conocimiento que han producido. En cierta forma, esa apuesta por los modelos teóricos se ha beneficiado de la misma lógica que ha identificado reductivamente el pensamiento científico con los métodos empírico cuantitativos. Levi Strauss (1977) se situó en esa posición al negar la cientificidad de la historia porque se circunscribe al acontecimiento y proponer, en cambio, la antropología estructural dirigida a comprender lo sistémico de lo social apoyada en lo hipotético deductivo (46). Su polémica con Sartre (47) sobre la capacidad epistemológica que subyace a los conceptos de estructura o acontecimiento plasma lo que ha sido ese debate en las Ciencias Humanas y Sociales (Ipola, 1975). El modelo narrativo y actancial del análisis estructural del relato (Genette y otros, 1970) o la gramática generativa de Chomsky (Nique, 1980) han participado también de esa dominación.

El rechazo postmoderno hacia el estructuralismo y lo que este representa ha derivado en una apuesta por lo singular, más que por lo general, por los procesos, antes que por los sistemas, y por la socialización de los signos, por encima de los códigos. El empeño estructuralista y de la semiología de los setenta en ligar el conocimiento científico de lo social a la construcción de modelos o estructuras se tradujo en la aspiración a elaborar "una teoría semiótica generalizada, responsable de todas las formas

y manifestaciones de la significación" (Greimas, en Verón, 1997: 48). En el caso de las ciencias del lenguaje se tradujo en "la exageración de pretender sustituir el lenguaje natural por un lenguaje construido more geométrico" (Núñez, 1993: 10). Esa mitificación de la formalización está en la base de esta vuelta postmoderna hacia lo concreto, aunque, tomando como referencia el paradigma del significado, la revalorización de la lingüística conversacional o de la pragmática no ha evitado que el análisis académico dominante centre su mirada en la producción de sentido a partir de gramáticas o códigos. Al indagar en la forma en que los sujetos vivieron identitariamente este proceso social y, al mismo tiempo, preguntarse si la identidad que se produjo fue de carácter cívico territorial o étnico, este análisis trabaja a la vez con elementos inductivos y deductivos, sin prejuzgar cuál de ellos resulta científicamente más válido.

Según Jankowski (1993), la opción metodológica por un modelo inductivo o hipotético deductivo o la decisión de combinar ambos va ligada, sobre todo, a la naturaleza y exigencias del campo objeto de estudio o del conocimiento que se pretende producir. Como busca el conocimiento empático, usa con frecuencia el método abductivo y prima el enfoque histórico del acontecer social, este análisis no contempla que sea incompatible conocer la estructura y el acontecimiento, tal como formuló ambos Levi Strauss (1968), ni tampoco su hipótesis de que la historia "permanece para siempre prisionera de esa contingencia que es la marca específica del mito" (en Ipola, 1975: 129). Pero, al mismo tiempo, rehuye la miopía del dato de quienes no muestran otro interés que describir e interpretar los procesos (Jensen/Jankowski [eds], 1993) o el empirismo cualitativo que, a la manera apuntada por Newcomb (1993: 126), reduce la observación partícipe a las experiencias de foto instantánea y no logra superar lo concreto. Para Ipola (1975: 127), el principio de incertidumbre impide asumir a la vez dos puntos de vista distintos; no obstante, en este caso no se elige una de las dos opciones, la inductiva o la deductiva, sino que se utilizan ambas, incluso de forma conjunta.

Ya el enfoque fenomenológico de Schultz entrecruzaba inducción y deducción, cuando proponía que el científico social explorara "los principios generales según los cuales el hombre en la vida cotidiana organiza sus experiencias" (en Morley, 1993: 185). Más recientemente los Cultural Studies abundan, como demuestran los casos de Fiske, Hebdige o Morley, en eclecticismos metodológicos que combinan la interpretación a partir de la descripción de lo real, por tanto el análisis inductivo, con la aplicación a situaciones concretas de conceptos teóricos o teorías. La triangulación prueba que ese entrecruce de métodos, procedimientos y técnicas ha devenido en habitual en la comunicación de masas igual que antes lo fue en el análisis del discurso y los estudios etnográficos (48). El modelo de acontecimiento mediático, tal como fue dibujado por Dayan y Katz (1981; 1988), revela un fuerte

valor hermenéutico en esta investigación, porque permite explicar los dispositivos constructivos de una parte del acontecer social y, al mismo tiempo, aclarar cómo y por qué se facilitó que la gente lo viviera identitariamente (3.1.2; 4.1.1.3; 4.2.3). Esa comprobación de una hipótesis reenvía al modelo deductivo, pero necesita de algunas inferencias inductivas para ampliar su capacidad de producción de conocimiento: para reconocerle ese valor de media event, resulta necesario comprobar que una parte de la sociedad lo vivió de esa forma y eso conduce a algunas marcas discursivas y conductuales, como la espectacularización de lo real que dominó las enunciaciones o una forma de participación más propia de la sociedad demoscópica que del espacio público burgués (3.2).

Lang y Lang (1993) anota que ese entrecruce de herramientas se hace necesario cuando, como en esta movilización, se trata de comprender procesos sociales complejos e intensos. La renuncia a identificar leyes universales, reformular gramáticas narrativas o elaborar modelos explicativos del relato social no excluye el interés hacia los sistemas de signos que hicieron posible el sentido cultural del texto conformado por aquel acontecer colectivo. Y, según Núñez (1993), leer los comportamientos sociales como expresión de sistemas simbólicos de interacción hace necesario dar visibilidad a "las reglas emanadas de esa experiencia práctica, colectivamente compartida e históricamente acumulada", porque son ellas las que garantizan "la eficacia social y la utilidad de cualquier institución humana". En ese horizonte tanto los modelos narrativos elaborados por Propp y la semiología francesa (49) como algunas propuestas conceptuales culturalistas, a la manera de comunidad interpretativa o acontecimiento mediático, se vuelven relevantes porque dan visibilidad a una parte del sentido mediante conceptos y categorías de carácter interdisciplinar (50).

Con todo, la utilización de lo hipotético deductivo queda subsumida en la mirada sobre la socialización de los signos y la construcción de lo social: Esa teoría se incorpora al análisis no para detallar las variaciones que esos códigos culturales pudieron experimentar durante este proceso social, sino para comprender por qué la sociedad los aceptó y se los apropió. Por tanto, se trata de describir las reglas y modelos sociales para explicar luego cómo funcionaron "en el interior de una cultura concreta" (Schultz en Morley, 1993: 187). El empeño en mirar la producción de sentido y su valor social desde la comunicación y la cultura aboca a esta investigación a primar los métodos inductivos: El seguimiento de los titulares mediales o de la relación secuencial que mantuvieron con algunos discursos partidistas e institucionales ayuda a conocer los mecanismos de tematización pública y medial de la autonomía plena, el agua o la televisión; la mirada sobre el proceso de generalización social y territorial de la movilización permite comprender el clima de exaltación identitaria que actuó como contexto social sobre el que las audiencias resignificaron los textos noticieros o políticos; la

homología entre varios aspectos de la reivindicación y los memoriales de quejas ante quienes personificaban el poder estatal, especialmente vivos en el imaginario de una parte de la sociedad aragonesa, ayuda a entender la rapidez e intensidad con que se demonizó lo madrileño.

Todas estas preguntas requieren procedimientos inductivos, pero, si han de resultar operativos, necesitan en algún momento integrarse con mecanismos deductivos. Se actualiza de nuevo la necesidad que tiene el proceder científico, y este en particular, de cruzar lo inductivo con lo deductivo. De hecho, siguiendo a Morley (1993: 186), en su lectura naturalista de la experiencia concreta tal como funciona en el interior de una cultura, ni el análisis de los casos ni la etnografía de las audiencias pueden sustraerse a la constatación de que en la cotidianidad doméstica el intercambio medial y el consumo constituyen procesos regidos por reglas y que estas deben ser descritas. Como señala Blummer, aunque no se aspire a generar o identificar leyes generales y sólo se contemple la vida humana "como un vasto proceso interpretativo" en el que las personas "se guían definiendo los objetos, los acontecimientos y las situaciones en las que se encuentran" (en Lang, 1993: 257), sólo los modelos deductivos permiten comprender la realidad social. La misma encuesta de opinión acerca al conocimiento de lo particular concreto, partiendo de una serie de categorías previamente definidas en la selección de la muestra y de las variables a investigar. Además, tanto la conversión en datos de las respuestas individuales como la interpretación de aquellos sólo tiene lugar y cobra sentido desde modelos teóricos previamente existentes (Saperas, 1985; Wolf, 1991). En cualquier caso, al optar por la socialización de los signos (3.1; 3.1.2) o situar la producción de sentido en el intercambio más que en la codificación (3.2; 3.2.2) se dificulta la aplicación de modelos hipotético deductivos, porque eso supondría prescindir de los procesos y contextos o de las mediaciones que hacen posible la construcción del sentido (Martín Barbero, 1993).

A esta obligación de combinar ambos procedimientos (51) se suma la decisión de articular una visión holística. La observación múltiple, la teoría fundada, la inducción analítica o la antropología de las audiencias se han revelado, de hecho, capaces de combinar de forma integrada, pero científica, lo inductivo y lo deductivo (52). En este caso, esas herramientas aumentan las posibilidades de conocer si los valores y creencias relativas a la identidad o a la lucha por la hegemonía derivaron, y por tanto fueron efecto, de los discursos mediales o institucionales. Sin embargo, esa forma de afrontar las preguntas también multiplica los problemas de la elaboración teórica o las exigencias del método a la hora de obtener y analizar datos: La observación múltiple exige estandarizar las observaciones a partir de los atributos focales fijados para la investigación, como si se tratara de las entrevistas de una encuesta (Lang y Lang, 1993); el análisis antropológico del público necesita partir de categorías

conceptuales para dar sentido a los datos recogidos mediante el método etnográfico empírico (Morley, 1993); la inducción analítica implica ir y venir de lo particular a lo general de forma permanente, puesto que construye conocimiento científico utilizando el examen exhaustivo de casos para probar generalizaciones causales y universales (Jankowski y Wester, 1993). Para usarlas en esta investigación, la generalización simbólica o la triangulación ayudan a salvar esas dificultades, en unos casos integrando lo conceptual y lo concreto, la teoría y los procesos (Lang y Lang, 1993), en otros haciendo simultáneos el trabajo de campo con el desarrollo de hipótesis, el reenvío del dato a la teoría (Tuchman, 1993).

Las manifestaciones autonomistas y su contribución, como hipotextos, al conjunto de la movilización se ajustan a la inducción analítica, tal como la aplicaron Lang y Lang (1993) en El día de Mac Arthur. No sólo por lo que compartieron de efusión y reacción colectiva expresado durante unas horas en el espacio público de la calle. También porque en ambos casos se intenta medir la repercusión que la construcción medial del acontecimiento tuvo en la percepción social del acontecimiento y porque para ello este análisis recurre también a la inducción analítica. Aunque los medios escritos ocupen en esta investigación el protagonismo de la cobertura televisiva en el regreso de Mac Arthur a Chicago, esa diferencia no afecta ni a la espectacularización de lo real (3.2.1) ni a los posibles desajustes que pudieron producirse entre la semantización medial y las percepciones del acontecimiento que tuvieron los espectadores o los participantes (3.1.2; 3.2.2). En ese horizonte esta propuesta comparte con Kurt y Gladys Lang (1993) que las estructuras conceptuales que se hallan detrás de los actos cotidianos, tal como estos se revelan a los espectadores, no constituyen por sí mismas explicaciones científico sociales, sino que constituyen únicamente el material a partir del cual se construye inductivamente la teoría. Así, además de describir el fenómeno y seleccionar sus rasgos más relevantes, se ponen en relación esas características con otros fenómenos de la vida cotidiana para comprobar, a la manera de los enfoques culturalistas, hasta qué punto mediaron en la resemantización de lo medial llevada a cabo por las audiencias. De ser posible, todos esos datos se entrecruzan también con otras situaciones similares para ajustar, en lo posible, la teoría a la explicación de realidades concretas.

Por todo ello, dentro del deseo de hacer frente a las contradicciones que genera esta investigación, se hace necesario formular las siguientes decisiones metodológicas:

Primero, desde la primacía que se otorga al qué y al para qué sobre el cómo, se asume la necesidad de adecuar los aspectos metodológicos al campo objeto de estudio y a los objetivos para dotarlo de la necesaria coherencia interna. Esa exigencia condiciona determinadas elecciones e,

incluso, obliga a integrar en un mismo corpus metodológico enfoques, técnicas, conceptos y teorías de difícil compatibilidad. En consecuencia, este análisis apoya su metodología en marcos de encuentro que facilitan la comprensión holística de este acontecer leído como un texto creado y puesto en circulación dentro de la sociedad aragonesa.

Segundo, esa pretensión de articular una visión integral de lo real impone eludir las propuestas metodológicas reduccionistas y optar, en cambio, por métodos, como la *inducción analítica* o la *teoría fundada*, y herramientas, a la manera de la triangulación, que combinan enfoques y técnicas diversas. En este análisis, las características del campo de estudio y, aún más, los objetivos de conocimiento aconsejan integrar metodologías cuantitativas y cualitativas. Así, para comprender los efectos mediales y su repercusión en la identidad o hegemonía, se usan combinados los sondeos de opinión y las generalizaciones simbólicas.

Tercero, esta búsqueda de un espacio metodológico común, hecho de entrecruces, exige superar dicotomías usuales en el debate científico, en particular los referidos a objetividad o subjetividad, empirismo y formalización o inductivo y deductivo. De esa forma, este análisis se aleja en igual medida de los dogmatismos que han acompañado tanto al discurso científico experimental como a una parte del pensamiento crítico sobre lo social y del menosprecio que el proceder científico ha mostrado en determinados ámbitos hacia el análisis social y humanístico.

Cuarto, la asunción de la subjetividad como parte del proceso analítico e, incluso, del campo objeto de estudio abre las puertas a métodos cualitativos, como la observación partícipe o el análisis hermenéutico. Eso implica asumir la relatividad de los significados sociales producidos, sin que eso ponga en peligro la cientificidad del procedimiento ni impida realizar una crítica social desde el interior de esa cultura. Toda cultura contiene discursos diversos o hasta contradictorios y el sujeto, al optar en por unos u otros para elaborar su pensamiento científico, queda mediado por sus propias posiciones y la matriz social que objetiva su análisis.

Quinto, dado que se intenta comprender el valor social del sentido, las funciones políticas y culturales del texto devienen en espacio estratégico de análisis. Si eso revaloriza enfoques y métodos culturalistas e, incluso, del pensamiento crítico, la lectura de la significación desde su inserción en las relaciones sociales de poder y en la forma en que los sujetos vivieron la realidad obliga a superar el concepto de dato en su cómputo estadístico. La misma definición de lo social efectuada al delimitar el campo objeto de estudio hace necesario superarlo, sobre todo por sus limitaciones para explicar los

contextos y lo social; con todo, no se desprecia su capacidad epistemológica en combinación con otras herramientas analíticas cualitativas.

Sexto, como aspira a producir conocimiento científico sin sacrificar la complejidad de lo real social, esta investigación busca grados y mecanismos de formalización que, sin devenir en la generalización excesiva y abusiva del pensamiento social crítico o estructuralista, superen la obsesión por lo concreto de algunos enfoques culturalistas. Lejos de asociar la cientificidad con la abstracción y de perseguir una generalización que derive en modelos conceptuales inaplicables a esta realidad social, se pretende combinar la comprensión cuantitativa o cualitativa de lo concreto con la producción de teoría suficiente.

Séptimo, la convicción de que estructura y acontecimiento no constituyen opciones epistemológicas incompatibles ni impiden la comprensión de una realidad social desde la historia y la observación partícipe permite que esta investigación prime la descripción e interpretación del acontecer social. Si estas herramientas facilitan la comprensión de los procesos desde su interior, la aplicación de modelos teóricos se hace necesaria por la pretensión de comprender lo que hubo de acontecer medial en este proceso social o de mirar ese acontecer como puesta en juego de la identidad colectiva y de las relaciones de poder.

2.2.5. Modelos lingüísticos y literarios en el análisis cultural y social

Martín Barbero (1993: 254) apunta que el poder de las industrias culturales y lo que da sentido a sus relatos descansa menos en la ideología que en la cultura, en su diálogo con la dimensión profunda de la memoria, del imaginario. Además de asumir la comprensión de lo real desde el lenguaje (53), esta investigación se apoya en esa convicción de que la significación pasa por la comunicación y la cultura. De ahí que se integre en la tradición que ve la lingüística como modelo analítico para las ciencias sociales y que, incluso, atribuye el resurgimiento de los métodos cualitativos al impulso cobrado por las Humanidades, de manera especial por las disciplinas discursivas. También se siente deudor de los enfoques culturalistas que ligan la producción ideológica menos a la determinación económica que al intercambio simbólico y que, por tanto, redefinen la cultura desde su capacidad para producir significaciones, para lo que piensan la comunicación y los textos desde su materialidad social y su espesor cultural (Mattelart, 1993, 1998) o desde los conflictos sociales, desde las formas de resistencia y rebeldía (Martín Barbero, 1993: 232).

Esta propuesta supera, por tanto, la visión saussuriana de lo lingüístico y la significación. En primer lugar, asume los cambios que el desarrollo y aplicación de la teoría del texto ha introducido durante las dos últimas décadas en el interior de las disciplinas lingüísticas, porque va a más allá del logocentrismo y del análisis de la lengua como código. En segundo lugar, se identifica con esa parte de los *Cultural Studies* que sustituyen el análisis basado estrictamente en los textos por otros en los que se enfatiza que el contexto también es semiótico y, por tanto, el eje texto codificación se supedita al que conforman el lector y el contexto, igual que la autoridad del texto deja paso a la del lector (Grandi, 1995: 171-5). Y en tercer lugar, hace suyos enfoques de los Estudios literarios, sobre todo los del Círculo de Bajtin y una parte de la semiótica francesa, que piensan el texto como productividad social y como un permanente entrecruce con la historia o la sociedad (3.1), de forma que en ese diálogo se construye el sentido (Bajtin y Volosinov, 1992 ; Kristeva, 1974; 1978a/b).

Aunque no pretenda convertirse en ninguna teoría general de la acción humana (Núñez, 1993) ni hacer de la significación el eje de la economía política (Baudrillard, 1976) o de la cultura (Eco, 1977), este análisis se apoya, pues, en que es posible comprender cualquier realidad como un texto (Lotman, 1970, 1972). Para los modelos semiótico textual y culturalista, referentes conceptuales de esta investigación, el análisis literario constituye el primer precedente puesto que desde comienzos de este siglo se liberó de las obsesiones historiográficas o biográficas para hacer del análisis textual su objeto principal de estudio (54). De la misma forma, la semiología constituye su segundo reenvío porque trascendió a la lingüística al afirmar, como corrobora Kristeva (1978), que todos los sistemas retóricos, las artes, la literatura, el inconsciente, pueden ser estudiados como textos.

En general, esta propuesta participa del empeño postmoderno por comprender lo social, ya sea la mercancía (Baudrillard, 1976) o la construcción de identidad (Hall, 1998), desde el intercambio simbólico y el signo. En ese contexto no sólo participa de la tendencia creciente en los Estudios culturales a comprender discursivamente lo social. También guarda relación con diversas disciplinas ligadas al análisis social, como la sociología o la teoría política, con tendencia reciente a leer la realidad social en términos de cultura y poder (4.1; 4.2). La aplicación de esas disciplinas a esta investigación se hace evidente en lo que respecta al valor social del sentido, la construcción de identidad y las relaciones de hegemonía; pero, también, afecta a los aspectos discursivos, como prueba la importancia que en ellos tuvo la ideología o la lucha social que se estableció en el interior de los signos (3; 3.1; 3.2). Este tipo de problemática, o la derivada de los componentes empresariales y económicos que mediaron el conflicto audiovisual y la reivindicación autonómica, exige modelos analíticos distintos a los propuestos por las disciplinas discursivas.

Los discursos pueden explicar aspectos de una problemática nacional. De hecho, la conocida como teoría gastronómica del nacionalismo (Smith, 1997) u otros enfoques culturalistas de lo nacional puestos de moda al rebufo del pensamiento de B. Andersson (1983) han profundizado en lo que hay de construcción social tras el nacionalismo. Incluso, el análisis literario ofrece posibilidades, a la manera que ha hecho I. Fox (1998) con el caso español, para comprender la aportación de la historiografía, la literatura, el sistema educativo o los medios de comunicación a un proyecto político de construcción nacional. Al trasladar esas propuestas a este análisis, se complementa y enriquece el proceso de conocimiento: Si I. Fox (Ibid, 37) prueba que la Historia General vistió de objetividad científica la mitificación nacionalista del pueblo español convirtiéndose en una Biblia secularizada al servicio de lo español, el análisis de los relatos mediales sobre la autonomía ayuda a comprender hasta qué punto la neutralidad y supuesta veracidad de las noticias facilitó que la sociedad aragonesa se adhiriera a la reivindicación autonomista olvidando los componentes partidistas o de clase que esta conllevaba.

Esta forma de llegar al sentido queda lejos de las tendencias semiológicas que han dominado en Europa durante décadas como consecuencia de la influencia saussuriana. Con todo, padece la dificultad, ya acusada por la semiología y la teoría del texto (Schmidt, 1978), para trasladar los modelos lingüísticos y de los discursos verbales a la comunicación social. Y, también, las contradicciones abiertas entre los diferentes enfoques discursivos sobre si el sentido está en el texto o se construye a lo largo de la recepción (Barker y Beezer [eds], 1994). El lingüista ginebrino apenas estudió las formas no verbales de la significación y, al ver lo lingüístico como un hecho de lengua, ligó la producción de sentido al código. Esas apuestas entran en contradicción con la decisión tomada en esta investigación por leer el texto como actividad discursiva y por ligar la semantización de lo social a la socialización de los signos antes que a la materialización de gramáticas culturales. Ambas decisiones contravienen también el mentalismo saussuriano que reduce el lenguaje a una cosa inerte, cuando, como señala el mismo Levi Strauss (1968), inserta a los seres humanos en lo social hasta constituir su principal agente de socialización.

Esta propuesta no renuncia a la naturaleza sistémica tanto de lo real como de los modelos teóricos que se aplican, pero se aleja de quienes han concebido el sentido como un sistema arbitrario de diferencias. En cambio, se siente más próximo a la lectura del signo realizado por Volosinov y el resto del Círculo de Bajtin (55). Como ellos, lee el lenguaje a partir de la interacción social y el texto como una actividad dialógica y procesual. Por tanto, asume lo dicho por Kristeva de que "todo texto se

construye como mosaico de citas, es absorción y transformación de otro texto" (1978: 190). Así, además de definirse como productividad, el texto produce sentido en las intertextualidades y no en los signos: Puesto que los textos significan "en relación con (los textos de) la historia y la sociedad" (Kristeva, 1974: 15), las palabras le vienen al texto de fuera de sí mismo y en ese diálogo los significados extratextuales se transforman y adquieren realidad en las relaciones que establecen en el interior del texto. Se descarta, pues, tanto la independencia y autonomía absoluta que le otorgó el New criticism literario (Bradbury-Palmer, 1974) como la concepción marxiana de verlo determinado por el proceso histórico y con la función ideológica de reproducir o reformular la hegemonía (Gallas, 1973; Jay, 1974). En cambio, se admiten reenvíos a enfoques, como el de Tinjanov, que ya ligaron lo literario a sus interacciones con otras series sociales y enfatizaron el carácter histórico de sus formas (Todorov, 1970). O a Foucault (1996), cuya preocupación por las huellas del Poder en el interior de los discursos, le ha llevado a enfatizar los mecanismos que espesan la transparencia de los signos y el volumen opaco, casi enigmático, del lenguaje y de los textos.

Parte de esa oscuridad de los discursos se evidenció en este proceso social, cuando ni el Gobierno de Aragón explicó que con su oposición al Pacto Autonómico estaba protegiéndose de la oposición parlamentaria (4.1.1; 4.2.1) ni Heraldo o Diario 16 dijeron a sus lectores que hacían frente al convenio porque, en un caso, podía afectar a su liderazgo empresarial y, en otro, a su supervivencia. Esta materialización de lo ideológico prueba cómo esta investigación aúna la comprensión de los discursos con el valor social que acabó teniendo la significación producida. La ideología aparece así como una articulación conceptual y metodológica entre los dispositivos discursivos (3; 3.2) y sociales o políticos (4.1; 4.2). En el conflicto audiovisual, se hizo presente como sistema de creencias en la discursivización del convenio audiovisual mediante reenvíos a procesos ligados a la globalización, sobre todo la desregulación los flujos informativos (Hamelink, 1981; Mattelart, 1998), y como enmascaramiento de lo real en la lucha por el mercado librada por las diferentes empresas mediales y que se recubrió de neutralidad informativa o defensa de lo colectivo (4.2.1; 4.2.3).

Estas anáforas sociales y culturales se sumaron así a otras formas de entrecruces conformando con ellas una apelación discursiva que activó el imaginario de la colectividad, de sus grupos de poder y de los diferentes sujetos sociales. Según Kristeva (1974: 15), en ese espacio se sitúa lo que denomina el "valor ideológico del discurso, valor inherente, inseparable y que constituye todo enunciado en el espacio social en que se pronuncia". Ese funcionamiento del texto autonomista como ideologema se concretó también en numerosas intertextualidades (3.1.2) que facilitaron la vivencia de la reivindicación autonomista en clave de identidad colectiva: Entre ellas, la manifestación dialogó con

su homóloga de 1978 y el Pacto Autonómico como propuesta de estructuración del Estado activó los acuerdos autonómicos entre UCD y PSOE en 1981 para desarrollar los Estatutos de las autonomías de vía lenta. Esta lectura de la ideología desde el sentido quiebra el mentalismo saussuriano del significado como idea asociada a un significante e independiente de su referencia social o el funcionalismo que liga el sentido a las diferencias en el interior del sistema. Por el contrario, este empeño por integrar lo discursivo y lo social recuerda la búsqueda de Barthes (56) en algunos discursos masivos, como la moda o la publicidad, o el intento del Círculo de Bajtin por conectar la lingüística de origen saussuriano con la concepción marxista de la ideología (3.2).

De ahí que se incorporen conceptos, como los de ideología o hegemonía, que los Cultural Studies británicos han tomado del pensamiento marxiano y, en cierta forma, los han redefinido al apropiárselos. En línea con Barthes y Althusser, los enfoques culturalistas enfatizan el "carácter de sistema organizado e interrelacionado" de la ideología (Beezer, 1994: 119). Pero, más que verla como un efecto de las relaciones económicas, la leen como hecho cultural. Como continuidad de esa tradición, esta propuesta asume que, como recuerda Williamson (1994), el lenguaje vehicula ideología porque presenta como naturales los significados construidos que pone en circulación; también asume la hipótesis expresada por Althusser (1974) de que, en lugar de tener ideologías, las personas las viven. De ahí, también, que se usen conceptos del pensamiento radical norteamericano, como los H. Schiller o N. Chomsky. De este se toma su análisis del consenso social norteamericano mediante la construcción mediática y social de una imagen de lo real que se impone persuasivamente a la sociedad incluso aunque "el mundo que se presenta a la gente no tenga la más mínima relación con la realidad" (Chomsky, 1996: 30); de aquel se sigue su llamada de atención sobre los dispositivos y mitos que hacen posible el manipuleo de cerebros y masas a través de los discursos (Schíller, 1974).

En cambio, esta lectura de la significación se distancia de otros enfoques lingüísticos o de la cultura masiva, en concreto el paradigma informacional de la comunicación y el análisis de contenido. Más que reducir el contenido de los textos mediales e institucionales a items o buscar el pensamiento ideológico a través de la información codificada y finalmente transmitida, se trata de poner en diálogo las propuestas del texto con la socialidad en que circularon y se consumieron para inferir la forma en que los diferentes actores sociales vivieron ese acontecer discursivizado. Los mismos mensajes, entendidos como unidades de información transmitidos y recibidos, no reenvían al código sino a la semantización que, en cada caso, llevaron a cabo los sujetos al apropiarse los textos y los signos o los posibles diálogos activados (57). Para Schmidt (1978), no hay texto sin actividad comunicativa, pero aquí esta no se reduce a la aplicación de un conjunto de reglas para poner en circulación un sistema

de signos y regular la interacción social (58); es un espacio de intercambio donde se construye la significación. Aún dentro del peligro que supone disolver el texto en las lecturas que suscita (Morley, 1997: 34), la clausura del sentido reenvía sobre todo a la situación comunicativa envolvente, al contenido sociocultural de una sociedad comunicativa, a las condiciones y suposiciones de los interlocutores. Por eso, un enfoque pragmático de la relación de los usuarios con los signos apenas explica la actividad comunicativa: En el intercambio social que supuso esta movilización, los mensajes se circunscribieron menos a lo que los textos mediales o institucionales explicitaron que al sentido construido por los usuarios en sus encuentros con esas propuestas. Y, en esa producción, se activó, tal como apuntan Hall (1998) o Gilroy (1998), la identidad de cada sujeto.

Esta perspectiva implica combinar elementos de la lingüística cognitiva y de la tradición culturalista. Por caminos diferentes el análisis cognitivo del texto y el contexto coinciden con la construcción del sentido a partir de la *lectura* y de los diálogos que se activan en ese proceso de consumo. Sin resultar equivalentes, la tesis de Van Dijk (1993: 146) de que esos "modelos y cogniciones sociales son la interfaz entre el texto y el contexto" (Van Dijk, 1993: 148) recuerdan la intertextualidad bajtiana o la comunidad de interpretación de Morley: Todos prolongan la línea barthiana de comprender lo ideológico desde la significación y, por tanto, de hacer de esta un análisis de lo social. Van Dijk otorga a las cogniciones sociales la capacidad de relacionar el discurso y los hablantes con las estructuras y la cultura de la sociedad, pero sobre todo de analizar las ideologías activas en la producción y la recepción (59). Cuando Hall (1998) desentraña su concepto de las lecturas negociadas, alternativas u opositivas también ahonda en las diferentes ideologías que se ponen en juego, aunque sólo ligadas a la concepción que los propios sujetos tienen de su identidad. Concebida como normas, valores y demás intereses de grupo que subyacen y alimentan los esquemas sociales y cognitivos o como forma personal de vivir la propia socialidad, esta lectura de la ideología parece especialmente aplicable a esta movilización aragonesa.

Estos conceptos y teorías se han revelado fértiles en intuiciones, pero demasiado inconcretos y de difícil aplicación en realidades no verbales. Esta investigación las incluye en su marco teórico ya que hacen posible el entrecruce entre lo lingüístico y lo social. Al definir la teoría del texto como nueva interdisciplina, Van Dijk enfatiza que el discurso es una forma de interacción social y, por tanto, que debe unificarse lo comunicativo y lo sociológico (en Wolf, 1997: 260). Esa exigencia metodológica de conectar discursos y sociedad explica también la apropiación de conceptos y herramientas analíticas de algunas ciencias sociales que se han revelado más capaces para la aproximación a la significación no verbal o, en todo caso, complementarias con algunos parámetros del análisis lingüístico o

semiótico. Disciplinas como la sociología, la antropología o los estudios culturales están más acostumbrados a ver la comunicación en su inserción social y en la cultura de masas (Barker y Beezer, 1994) y, además, han evitado reduccionismos habituales en el concepto de comunicación aplicado por la lingüística o la semiótica (Velázquez, 1993; Curran, 1998).

La aplicación de los sistemas modelizantes secundarios o connotativos se ha revelado problemática salvo en el caso literario y la teoría del texto adolece aún de un escaso desarrollo teórico y práctico. Los enfoques culturales o sociológicos han abierto cauces nuevos para comprender mejor ese tipo de producción simbólica, donde se impone lo sugestivo y afectivo del usuario del signo. Por ello, a la propia espesura de la codificación, se suman las contradicciones y complejidades sociales o culturales de su socialización. La centralidad de lo noticiero no oculta que en los discursos sociales predominó lo emocional simbólico y lo mítico o, lo que es lo mismo, lo connotativo (3; 3.2). Por encima de otros issues, ese tipo de signo e intercambio simbólico se concretó en el botijo o la baturrada como símbolos de la posición aragonesa, respectivamente, en materia de agua y autonomía plena. Con independencia del sentido que les atribuía el código, esos dos signos se revelaron, si se toma como referencia a los emisores, expresión de la hegemonía y la dominación; pero, tomando como referencia las apropiaciones de algunos receptores, aparecen como elementos de subversión cultural o, siguiendo a de Certau (en Martín Barbero, 1993), sugieren las tácticas que usan los sin poder para obtener ventajas en el interior de las estrategias de los poderosos (4.2.1.3).

Más allá de que la ambigüedad sea una característica central de lo connotativo, este tipo de dispositivo enunciativo hace aún más evidente que los efectos mediales no pueden reducirse a la relación entre los contenidos de los medios y los sistemas de representación de los propios sujetos (Wolf, 1994). Ni siquiera puede esgrimirse la estructura textual para inferir sin error los significados que esos textos acaban teniendo para las audiencias (Massota, 1976). En este tipo de enunciación los efectos de los textos culturales dependen de las condiciones de consumo y, sobre todo, adquiere valor ese combate semiótico que cada lector establece con su texto (Williamson, 1993). Y, por tanto, aunque los medios resulten decisivos en la articulación de las esferas pública y privada (Morley, 1997: 31), el sentido se juega entre las conexiones interdiscursivas que se producen entre los medios y las redes conversacionales de la familia, el ocio y el trabajo o en el contexto comunicacional del intercambio simbólico y en el diálogo con el imaginario cultural que se activa. El clima de exaltación identitaria que se vivía esos días hizo del botijo, referente del ruralismo aragonés, a los ojos de gran parte de la sociedad aragonesa la prueba más evidente del menosprecio y del trato desigual que el Gobierno de Felipe González daba a su Comunidad.

Este tipo de producción de sentido pone, pues, en evidencia que el espacio cultural de la comunidad deviene en el centro de la producción de sentido y que, más allá de los medios, la comprensión de los mensajes reenvía a la interdiscursividad y, de forma especial, a las redes conversacionales que prolongan el intercambio masivo y, en gran medida, lo resemantizan. Las estructuras comunicativas de la sociedad aragonesa y el mantenimiento de ciertos componentes rurales en su vivencia de lo urbano (Ebrópolis, 1996) se revelan tan centrales para explicar la forma en que los sujetos hicieron suyo aquel acontecer como la del imaginario colectivo, un tesaurus ficcional sensible a la identidad colectiva y en el que figuraban una serie de creencias y sentimientos respecto a la relación con el Estado, a la defensa del agua o a las relaciones con otros territorios vecinos. Ese espacio socio cultural dotó de sentido lo baturro, en unos casos renovando sus contenidos estereotipados, en otros subvirtiéndolo y dotándolo de un sentido aragonesista (4.1.1.4; 4.2.1; 4.2.1.3). Más que a la mente diabólica del emisor o a la capacidad cultural y crítica de los receptores, ese tipo de efectos debe ser imputado, siguiendo a Wolf (1994), al complejo proceso de intercambio que supuso aquella movilización.

Al pasar "del texto al hecho social complejo de la lectura" (Radway, 1993: 168), esta investigación se distancia de la pasividad e indefensión atribuida en otros momentos al receptor desde pensamientos tan dispares como la teoría hipodérmica o la teoría Crítica (60). Esta recuperación del receptor mediático activo no equivale a soberanía absoluta del consumidor de productos culturales, "axioma neoliberal" que Mattelart (1994: 23) considera una "perversidad" ideológica. Lejos de este idealismo epistemológico que recuerda el individualismo asocial del liberalismo radical personificado por Rawls (Mulhall y Swift, 1996), la democracia semiótica se entiende aquí mediada por cuestiones tan centrales como la comunidad cultural de la que participa el receptor (Morley, 1997) o su propia identidad social que le lleva a negociar una determinada interpretación del texto (Hall, 1996). Y, en ningún caso, se subestima la fuerza que algunas marcas y determinaciones textuales acaban teniendo en la construcción del sentido (Dayan [comp], 1997). En conjunto, la apuesta por las audiencias activas se apoya en una concepción comunitarista, social, del individuo. Se elude así el obstáculo epistemológico y el componente ideológico que supone enmascarar bajo la libertad del receptor la dominación cultural o la influencia de la matriz social.

Esa importancia de las funciones políticas y sociales de la significación pone en diálogo este proceso social aragonés con debates políticos, como la dominación cultural (61) y el papel que en ella juegan "las lógicas de reterritorialización, el conjunto de procesos y mediaciones que tienen lugar entre lo

local, lo nacional y lo transnacional" (Mattelart, 1994: 26). El carácter periférico de lo aragonés y de su sistema de comunicación social o su alto grado de dependencia respecto a sus homólogos estatales avisa que esa mediación de lo territorial para resemantizar lo global pudo ser débil, pero no inexistente. Sobre todo, porque, como prueba el episodio del botijo, los mensajes de quienes personificaban lo estatal fueron resemantizados en clave aragonesa a lo largo de todo el proceso. Esta investigación no olvida que la determinación económica se ha demostrado incapaz de explicar por sí sola la lógica de la organización simbólica (Soares, 1993). Pero, tendiendo puentes entre semiótica y marxismo (62), esa lucha por el sentido a partir del territorio se prolongó también en la conversión de las noticias y los relatos en producción industrial de bienes y, por tanto, también en un combate entre empresas informativas que competían en un mismo mercado.

La capacidad para reterritorializar los mensajes globales o estatales se concentró en la prensa escrita, puesto que la movilización se construyó desde su liderazgo: La televisión operó más bien como un follower, como un seguidor (Ramonet, 1996). Sin embargo, al ser lo que Wolf (1991) denomina un sistema de baja difusión de comunicación masiva, esos medios facilitaron también la operatividad de los líderes de opinión o los grupos primarios. Wolf (1991: 62/3) avisa que la multitud de ofertas, la variedad y complejidad de las condiciones de consumo, hace que los líderes de opinión haya pasado de ser un filtro a convertirse en destinatarios que ya no condicionan la resemantización de las audiencias. En este caso, el carácter industrial del sistema mediático aragonés ayudó a que se mantuviera la capacidad de esos líderes de opinión para reformular el mensaje medial e implantarlo en la sociedad. Sin embargo, la multitud de ofertas mediáticas no aragonesas y el espesor del consumo mediático revaloriza la comunicación interpersonal como proceso cultural donde se construye el sentido. Por tanto, a la manera de la teoría de los efectos limitados (Wolf, 1991: 62), más que centrarse en cómo se distribuyó socialmente la comunicación, su sentido radica en cómo se insertó en la estructura social donde vivían los individuos.

Las ciencias humanas y sociales se saben muy limitadas para la comprensión discursiva de la intersubjetividad (Schmidt, 1978). Por ello, se incorporan aportaciones de lingüísticas recientes, como la conversacional o la cognitiva, siempre que aporten conceptos teóricos, como las leyes del sobreentendido y la presuposición, de validez probada para explicar el sentido de lo no dicho pero sí comunicado en ese intercambio semántico que supone todo lenguaje y, más aún, la comunicación intersubjetiva (64). Aún así, el carácter no exclusivamente discursivo de lo textual (65), los reduccionismos asociados a la visión de la comunicación desde la lingüística (66) y la complejidad de los procesos sociales incluidos en la recepción aconsejan mirar la comunicación intersubjetiva desde la

cultura (67). Un enfoque exclusivamente discursivo de los diálogos que hicieron posible el sentido se revela incapaz de dar cuenta de las diferentes reescrituras intersubjetivas, y no sólo de las guiadas por los líderes de opinión. Habiendo dejado atrás la teoría hipodérmica de la recepción (63), ese permanente cruce de conversaciones interpersonales que configura la comunicación social obliga a volver la mirada sobre algunos aspectos de la socialidad urbana aragonesa, en concreto la importancia que en ella sigue teniendo el pueblo de procedencia (Lisón, 1992) o lo local (Ebrópolis) para articular la red de relaciones organizadoras del ocio, del barrio y hasta de la familia.

La complejidad, no exenta de contradicciones, que supone trasladar los modelos lingüísticos a este campo objeto de estudio requiere delimitar, pues, tres nuevos presupuestos metodológicos:

Octavo, la posibilidad de analizar realidades sociales no verbales mediante modelos homológicos de los lingüísticos no evita las limitaciones mostradas por la lingüística y la semiología o la teoría del texto para comprender el intercambio simbólico desde los paradigmas semiótico textual y culturalista. Más bien, aconsejan completar esas perspectivas discursivas con otros enfoques sociológicos y políticos que aportan conceptos y teorías capaces de iluminar el valor cultural de la significación, lo que activa modelos sociológicos, culturales y antropológicos de la comunicación.

Noveno, la concepción del texto como un espacio abierto que se produce en permanente entrecruce con otros textos devuelve el protagonismo de la significación al proceso de la comunicación y al diálogo permanente que, en ella, el texto mantiene con la historia y la sociedad. Sólo la visión de la recepción desde sus condiciones materiales del consumo y de las intertextualidades hace visible el sentido. Aunque acaba con la pasividad e indefensión de las audiencias, este enfoque elude el idealismo de mitificar la creatividad del receptor individual, a la manera de algunas ideologías liberales, y limita aquella a una negociación mediada por la matriz social y cultural.

Décimo, la centralidad de la comunicación de masas en la construcción y representación de este acontecer social no obvia la contribución de la comunicación interpersonal a la producción de sentido. Más aún, cuando el texto se configura como un permanente diálogo de naturaleza social y cultural. De esa forma, más que el contenido o formalización de los mensajes mediales, se pretende conocer cómo las audiencias remantizaron los textos apropiándose la comunicación medial y trasladándola a su realidad intersubjetiva. Esa revalorización de la cotidianidad social de los sujetos abre marcos teóricos de encuentro entre lo lingüístico y lo cultural o lo social, pero también sitúa en el centro la percepción de su propia identidad y de su socialización dentro de la comunidad.

2.3. Objetivos de conocimiento

Jensen (1993: 15) señala que "en los estudios sobre comunicación nos encontramos demasiado a menudo con que las elecciones metodológicas se han hecho mucho antes de determinar los objetos y los fines de investigación". Este análisis antepone los objetivos de conocimiento a la metodología e, incluso, en cierta forma a la delimitación del campo objeto de estudio. La investigación se sostiene, antes que nada, en la decisión de analizar el proceso social aragonés ligado a la demanda de Autonomía Plena y al conflicto audiovisual desde la comunicación y la significación. Esta opción incluye los dispositivos que hicieron posible la construcción discursiva de ese acontecer o los aspectos culturales relativos al imaginario colectivo que activaron los medios o la forma en que los sujetos sociales se vivieron como comunidad a partir de aquel acontecer (4.1). Pero también cuestiones políticas, de forma especial las relaciones sociales de poder y de dominación o resistencia puestas en juego a lo largo del proceso (4.2). Siguiendo a Tuchman (1993: 99), esta pretensión de leer el acontecer como un texto y de convertir la búsqueda del sentido en una crítica de lo social condiciona en gran medida las preguntas que se deben responder.

Cuando se refiere a "las teorías de la sociedad desarrolladas en la tradición marxista", Habermas (1997: 153) destaca que se han orientado demasiado "a los análisis de las crisis, de modo que hoy faltan modelos constructivos". Esta investigación renueva esa tendencia, puesto que analiza dos momentos de crisis, el que provocó la firma del Pacto Autonómico y el abierto por el acuerdo para regionalizar unas horas de la programación de Antena 3 TV. Esa hipótesis se ve reforzada por la afirmación de que no se aspira a producir teorías globales sobre lo social, sino a comprender las lógicas de un proceso concreto. En esa voluntad, consciente de que toda producción de conocimiento implica un proceso ideológico dirigido a reproducir o cambiar el sistema social (Saperas, 1985), se aspira a recuperar "la integridad teórica y política" que Beverly Skeggs (1994: 215) cree perdida "en gran parte del discurso postmoderno". Si se atiende a las diferentes perspectivas desde las que se analizado el nacionalismo, esta propuesta se aleja de la hegemonía liberal. Especialmente, de su tendencia a demonizar aquellas identidades comunitarias que no van asociadas al Estado. Tampoco se ajusta a la tradición marxista, empeñada en leer los procesos nacionales en términos de clase y de determinaciones económicas y, por tanto, a rechazarlos como expresión de la dominación burguesa.

Esa lógica hace que la subjetividad acerque en este caso la investigación a los objetivos emancipadores de la acción social que, primero, propugnó la teoría Crítica y, más recientemente, han defendido los Estudios culturales (Jensen, 1993:72). En su apuesta por la comprensión de un proceso subcultural, y a partir de ahí por los dispositivos que explican una subcultura y la hacen funcionar, esta propuesta descarta mitificaciones, como la expresada por P. Willis (1994: 214) al destacar "el potencial para el cambio político-cultural transformador" del análisis cultural. Con todo, se siente próxima a la propuesta de conocimiento para la acción social que propugna Williams (1992b: 209) cuando aduce que "estamos ahora en uno de esos momentos históricos en los que las relaciones entre las tecnologías de la comunicación y las instituciones sociales son materia, no sólo de estudio y análisis, sino también de una amplia gama de elecciones prácticas". Lejos de considerar que las nuevas realidades y procesos, sencillamente ocurren, este análisis intenta comprender, a la manera sugerida por Williams, "la escala de la transformación de la comunicación y, por consiguiente, de la sociedad" que se produjo a lo largo de este proceso social.

La centralidad de lo mediático y de lo nacional o identitario dialoga con la creencia del pensamiento liberal de que las naciones tienden a construirse mediante dispositivos culturales (Anderson, 1983; Smith, 1997) o con otros enfoques culturalistas, como la Escuela de Chicago o la de Glasgow, que han enfatizado el papel de la cultura de masas en la producción de las identidades colectivas. En esa lógica traslada a la investigación mediática roles que, como recuerda Fox (1997: 208) para explicar el caso español, se han atribuido antes a otras disciplinas, como la historiografía o la literatura. Además de que entra en relación con alguna de las últimas propuestas sobre los efectos fuertes, esta visión de lo mediático reenvía a esas lecturas que, a la manera de Hallin (1997) en relación con la guerra del Vietnam, enfatizan la capacidad de los medios para construir la realidad e interferir en el desarrollo de los acontecimientos. Al trasladar a este caso la decisiva mediación de las imágenes televisivas para que en EEUU se desarrollara la contestación social (Ibid, 122), se intenta comprender hasta qué punto algunos medios construyeron la movilización social, la hicieron crecer y, finalmente, ayudaron a que se disolviera (3.1;3.1.1; 4.2.3).

Sugiere Chomsky que del ser humano únicamente podemos saber "conjeturas, esperanzas, expectativas" (en Cohen y Rogers, 1993: 108) y que eso excluye una teoría sistemática sobre la naturaleza humana. Dando continuidad a ese argumento, el pensamiento social y ético sólo puede apoyarse en ideas relativamente especulativas e imprecisas y, por tanto, estas expectativas en comprender las lógicas de la producción de identidad o del papel de los medios como vanguardia identitaria pueden considerarse un optimismo epistemológico que olvida la dificultad para progresar

en una indagación ética de lo social humano (68). Se atiende tanto al espesor de lo mediático como a las contradicciones de la movilización social, este escepticismo epistemológico presupone la renuncia a cualquier tentación a las diversas formas de totalitarismo de la verdad (Perceval, 1995) y la asunción de la relatividad de los significados sociales, en línea con lo afirmado por Walzer (1993) desde su posición comunitarista respecto a la comprensión crítica de aquellos desde el interior de la cultura en que nacen (69). Además de poner en duda la existencia de códigos transculturales, esta posición recuerda a Gramsci cuando convierte la producción de conocimiento no en la articulación de explicaciones novedosas sobre lo social, sino en "la reformulación de ideas que ya están en la cultura, sacando a la luz lo que hasta ahora estaba sólo latente" (Mulhall/Swift, 1996: 196).

En la medida que se pregunta sobre cuestiones de lo social o mediático que el positivismo empírico cuantitativo ha obviado por considerarlos ideológicos y, por tanto, no propios del pensamiento científico, esta propuesta se inserta en el cambio de paradigma operado desde los años setenta en la teoría de la cultura y la sociedad. Más aún, cuando el pragmatismo de la Mass Communication Research al servicio de la acción política del Sistema de Poder norteamericano (70) deriva aquí en la convicción de que el análisis cultural tiene "un potencial para el cambio político cultural transformador" (Skeggs, 1994). Esa posición respecto al cambio social y a las relaciones de poder supera el marco conductista y el empirismo cuantitativo de la Mass Communication, confirmando que, como anota Wolf (1994), sus preguntas y dispositivos resultan insuficientes e inadecuados para comprender fenómenos tan complejos como en la sociedad global son los mediales. En cuanto que busca comprender las funciones políticas de la significación a partir de posiciones comunitaristas, esta propuesta enfatiza el protagonismo de la cultura y, por tanto, de aquellas propuestas culturalistas que han mirado lo social desde esa perspectiva. Eso lleva a repensar algunos presupuestos del pensamiento crítico de lo social, como la primacía de la clase en la producción de sentido y la determinación económica en el funcionamiento de la ideología, o a enfatizar otros que tienden a ser minusvaloradas, como la socialización y enculturación a través de lo masivo desde posiciones de resistencia (Martín Barbero, 1993).

2.3.1. Epistemológicos

Una práctica científica que admite estos horizontes se ve abocada a indagar en preguntas que, además de discursivas, acaban siendo políticas y sociológicas. En ese terreno interdisciplinar este análisis intenta comprender si el proceso social vivido en Aragón constituyó un proceso o un germen de cambio social (Bottomore, 1976) o, más bien, devino en una construcción medial que produjo

diversos efectos sociales, pero que no acabó de consolidarse en la sociedad (Wolf, 1994). En ese proceso interesa cómo funcionó el pensamiento ideológico (3.2): Además de las ideologías que pudieron crearse o redefinirse, adquiere valor la apropiación que ellas hicieron los sujetos y grupos sociales; sobre todo, porque pudo acabar afectando a su sentimiento de identidad (Hall, 1998) y a la configuración de las relaciones sociales de poder (Gramsci, 1977). Estas preocupaciones implican primar la comprensión de la lucha que tuvo lugar en el interior del signo y de los discursos: Eso implica interesarse por los dispositivos enunciacionales que construyeron discursivamente lo social, en concreto el predominio del lenguaje emocional simbólico o el carácter de acontecimiento mediático de una parte del acontecer social, pero también por las estrategias y conductas que socializaron de una determinada manera esos mismos signos y discursos.

Las preguntas de tipo metodológico o conceptual que se derivan de estos objetivos obligan a rechazar reduccionismos que puedan afectar a la producción social de la significación - contenidismo, esteticismo, funcionalismo -, a la circulación social de los mensajes - interacción de factores, vaciar la comunicación de su socialidad, limitarla a intercambio económico - o a la recepción - pasividad del emisor, empirismo de consumo, el feed back funcionalista -. Más bien, reenvían a un camino que supera la deriva estructuralista-semiológica y se aventura por una comprensión de la comunicación y la significación acorde con los modelos semiótico-textual (Wolf, 1991) y culturalista (Curran, Morley y Walkerdine [eds], 1998) o, lo que es lo mismo, con la semiótica social o los Cultural Studies. Por ello, se sitúa en ese espacio epistemológico que, tal como avistó Barthes (1972) unen la semiótica y el marxismo e incorpora categorías analíticas y procedimientos, como los relativos a la ideología o la identidad, que no proceden de las disciplinas lingüísticas, sino del análisis cultural, la filosofía o de la teoría política.

Ubicada en el paradigma postmoderno, esta propuesta pretende comprender los procesos ideológicos, o los sociales, a través del intercambio simbólico y de la significación que acabaron teniendo los signos. Esa perspectiva posibilita responder a nuevos problemas, como la construcción de identidades diferenciadas en la actual sociedad global (4.2.2) y el poder del imaginario colectivo en la cultura (3.1.2), o contemplar cuestiones tradicionales desde otras perspectivas, como el proceso de construcción nacional (4.1.2.3) o la materialidad institucional de los medios masivos (4.2.2). Para ello, al primar la comprensión de los procesos a partir de cómo los vivieron los sujetos, se pone el acento en los usos y prácticas sociales a través de los cuales los sujetos producen y consumen signos (Martín Barbero, 1993). Esa apuesta descarta tanto la concepción mentalista y esencialista de la lingüística saussuriana o el antagonismo entre la historia y la estructura enunciado por Levi Strauss (71) como la

preocupación del estructuralismo y una parte de la semiología por los mecanismos o la dinámica interna de los discursos y los códigos. Este énfasis "en cómo se produce el significado" revaloriza, en cambio, las particularidades culturales (Mulhall/Swift, 1996). Siguiendo a Williamson, "los significados son específicos para sociedades, clases, periodos de la historia particulares: no dados por Dios ni inmutables" (en Wells, 1993: 198).

Esta inserción en la hegemonía de lo concreto y de la descripción e interpretación que caracteriza a gran parte de los Estudios Culturales no excluye la asunción de que sin un mínimo de codificación no hay signo (Eco, 1977) y, en consecuencia, de que la producción de sentido no remite exclusivamente a la actividad comunicativa (Schmidt, 1978). La importancia de los códigos se impone así como requisito necesario para el sentido y, por tanto, aconsejan incorporar la propuesta de Jakobson (1983) de que sólo el análisis de los códigos (72) hace visible las finalidades dominantes en cada discurso o texto y, por tanto, a su naturaleza e intención. La importancia que adquirió la connotación y lo poético en este texto sincrético (3.1; 3.2.1) aconseja usar esas herramientas analíticas que, en una parte importante, reenvían a la retórica clásica y a su capacidad para analizar los discursos persuasivos. Sus aportaciones a la hora de indagar en el funcionamiento de la significación ni siquiera excluye la creación de contextos y, por ello, se ofrece como oportunidad epistemológica para un texto sincrético que debe superar las dificultades de la teoría del texto para hacer inteligibles, por un lado, los signos no verbales (Van Dijk, 1996) y, por otro, los sistemas modelizantes secundarios como productores de realidades sociales mediante interacciones simbólicas (Schmidt, 1973).

Según Williamson (1978), los investigadores marxistas y radicales tienden a adoptar el potencial de las metodologías estructuralistas o semióticas para hacer frente a las nuevas preguntas de la postmodernidad. El carácter colectivo del acontecer y de la producción de sentido o a las similitudes de los discursos masivos con el folklore o la literatura tradicional acercan este texto a la tradición de la cultura popular (Fiske, 1989; Grandi, 1995). De ahí que algunos principios aceptados por los folkloristas aparezcan aquí como herramientas analíticas capaces de facilitar la comprensión de la producción de sentido e, incluso, de los códigos. De hecho, si trasladamos a este texto el carácter de creación colectiva que se reconoce a la literatura tradicional, afirmamos su naturaleza extrapersonal, independiente de los sujetos (Jakobson, 1977). Ese reconocimiento activa el componente cultural de los comportamientos y realidades sociales que mediaron este acontecer o, lo que es lo mismo, su codificación como funciones semióticas (Eco, 1977) y su carácter de discurso (Velázquez, 1992). De esa forma, la preocupación por las relaciones sociales de poder que se pusieron en juego se

presentan compatibles, o mejor complementarias, con el estudio de las funciones y actantes propuestos por el análisis estructural del relato (Propp, 1977; Bremond, 1970; Greimas, 1976).

Algunas de estas preguntas sugieren dificultades epistemológicas que afectan, bien al campo de investigación y al marco teórico, bien a la comunicación y significación, a los procesos y a los códigos. Para darles respuesta, se plantean las siguientes hipótesis científicas que el análisis debe confirmar o desmentir y, por tanto, constituyen los grandes objetivos de conocimiento:

Primero, la realidad social producida en Aragón a partir de la firma del Pacto Autonómico el 28 de febrero de 1992 y concluida con el cambio del Gobierno Autónomo el 16 de septiembre de 1993 está dotada de la suficiente coherencia y cohesión interna para ser leída como un texto (Hernández, 1996). Como los textos sólo pueden ser analizados y comprendidos "como situación comunicativa" (Hovlan en Wolf, 1991: 65) y, por tanto, desde los "procesos de comunicación y significación" que activa (Eco, 1977, 1976), se necesita conocer los dispositivos que hicieron posible este texto (73) y los **intercambios simbólicos** que generó en el marco de los **diferentes espacios públicos** (Habermas, 1994; Veyrat-Masson y Dayan [comps], 1996). Asumiendo que el texto opera como un espacio en blanco que se llena a lo largo del proceso, los objetivos de conocimiento no se concentran tanto en las marcas enunciativas del texto o en la materialización de unos u otros códigos como en el proceso social "continuo y contradictorio" de la producción, la circulación y el consumo (Ang, 1997: 84) o, lo que es lo mismo, las "significaciones históricamente localizadas" (Ibidem).

Con todo, el texto soporta límites que deben ser definidos (Migñolo, 1978). Las exigencias de coherencia, cohesión y gramaticalidad, lo que Schmidt (1973) denomina la textualidad, o la necesidad de una cierta convencionalidad que asegure la codificación (Eco, 1978; Velázquez, 1992) presuponen que la pluralidad de acontecimientos, de voces y de discursos puede hacer difícil la articulación de la realidad social relativa a la autonomía y al conflicto audiovisual en un único texto. El hecho de que sea concebido como un conjunto de símbolos que tiene un sentido en una cultura (Lotman, 1978) convierte en **textualizables las formas no lingüísticas de significación incluidas en los discursos y sus procesos de semiotización** (Wells, 1993). La decisión de ahondar en el significado social y político de estos signos culturales convierte también en semiótica la forma en que los sujetos sociales vivieron los discursos (Beezer, 1994) y revaloriza la contribución a la producción de sentido de la intertextualidad (Kristeva, 1978). Esta **pluralidad de componentes dificulta la trabazón interior del texto**, pese a que sólo se convierten en objeto de estudio cuando se tradujeron en actividad comunicativa (Schmidt, 1973) o en discurso social (Velázquez, 1992). Excluye, pues, lo que

fue producido y olvidado, salvo que, mediante o por la apropiación que de él hicieron los sujetos, este no texto constituya una referencia para el texto (Mignolo, 1978).

El discurso deja al texto en situación de ser reconocido socialmente y, por tanto, constituye la base de la significación, porque garantiza que los usuarios comparten un mismo código lingüístico u otro sistema de significación (3.1). De ahí que comprender los mecanismos de funcionamiento textual equivalga, en gran medida, a hacer visible la manufactura de los distintos discursos sociales puestos en juego. Aunque se presenta como algo natural, el proceso de transformación que sufre lo real para convertirse en discurso constituye, como ya señaló Barthes (1970) y han enfatizado después otros semióticos y culturalistas (Hall, 1998), todo un proceso cultural de producción (ver 3). Por tanto, a la forma en que los sujetos se apropiaron los discursos o los dispositivos que socializaron los signos, se suman las aportaciones al conocimiento que puedan proporcionar el tratamiento a que fue sometida la referencia (Jakobson, 1977), los mecanismos retóricos que se activaron (Williamson, 1994), las marcas enunciativas explicitadas en los discursos (Benveniste, 1974) o las obviadas de forma intencional (Lotman, 1970), las operaciones de semantización efectuadas (Veron, 1974) o las marcas de verosimilitud de que se dotó cada discurso social (Kristeva, 1978).

La centralidad del discurso mediático exige trasladar la comprensión de esas variables a **la masificación como espacio público donde los sujetos se vivieron y construyeron lo social**. En esa lógica adquieren valor las posibles distorsiones, esquematismos y creaciones de realidad que pudieron tener lugar (Cohn, 1974; Kientz, 1974), si se recurrió a la fuente informativa o al tono aseverativo y categórico para presentar verosímilmente lo real (Kristeva, 1978) o cómo se integraron los lenguajes icónico verbales con los signos o reglas semánticas y sintácticas específicas de lo medial (Wolf, 1994). De hecho, como expresión de este código, importa la tematización (3.2; 3.2.1). Definida como la forma en que "nace un tema a partir de los complejos mecanismos de la comunicación de masas" (Wolf: 1991: 186), posibilita comprender a partir de que mecanismos discursivos la reivindicación autonomista y el conflicto audiovisual devinieron en *issues* de debate público y, por tanto, en parte de la *Agenda setting*. Pero, en la medida que se convierte en **elemento de contextualización**, esta agenda temática puede ayudar también a conocer los contextos sociales sobre los que las audiencias semantizaron los textos mediales. Por ese camino pueden **hacerse visibles también los dispositivos sociales o relaciones de poder, los intereses y públicos a partir de los cuales se tematizaron esas dos ideas**.

Ese camino conduce a otros valores sociales de los discursos y la significación, en concreto la forma en que los medios seleccionaron el acontecer en función de su supuesta noticiabilidad para convertirlo en así en acontecimiento. En ese proceso de semiotización se dio a los hechos y a las conductas valores de cambio simbólico (Williamson, 1978). Para ello, lo textual y discursivo sobrepasó lo lingüístico para otorgar a la cultura rango de espacio estratégico: los formatos, la morfología, las funciones del lenguaje, la denotación o connotación, las conductas y acciones o la relación del emisor con la historia no dejan de ser conceptos y convenciones discursivas; sin embargo, alcanzaron también valores sociales, ligados a las relaciones de dominación o a la forma en que se vivieron los sujetos. Por ese camino la noticia devino en práctica significativa (74) incorporada a la cotidianidad de las audiencias a través de los reenvíos conversacionales de la intersubjetividad, por lo que, siguiendo a Martín Barbero (1993), **se hace necesario conocer el recorrido que se realizó de la sociedad al texto.**

Segundo. La necesidad de comprender los procesos de comunicación generados en términos cultura y poder exige una lectura que se apoye en una visión histórica integral, holística, de lo social. Esa aspiración hace del proceso social activado por la reivindicación autonomista y que llevó a la moción de censura un intercambio social tan simbólico como político y, por tanto, aconseja evitar reduccionismos de la actividad comunicativa y de lo acción social. La traslación de esa perspectiva a las manifestaciones, al voto en las elecciones generales o a la reacción de la mayoría de la prensa escrita contra el convenio audiovisual, ayuda a comprender la forma en que una parte de los aragoneses vivieron su identidad (4.1) o los mecanismos mediante los que operó la hegemonía en el interior de la sociedad aragonesa y del Estado (4.2), pero también los intereses que unos y otros ocultaron (3.2; 4.1). Cuando Marx, Foucault y Pierre Clastres (75) enfatizan que el lenguaje es poder o Barthes (1974) entiende la retórica como una mediación en términos de poder, evidencian la centralidad política y cultural de los discursos sociales y de los intercambios simbólicos. En este caso, **esa asociación entre liderazgo y poder abre oportunidades de conocimiento, sobre todo las relacionadas con la capacidad de los discursos para regular las relaciones sociales o subvertirlas y para articular o distorsionar la realización personal.**

Esta lectura del lenguaje desde el poder permite conocer, siguiendo a Clastres (en Marín, 1978: 92), **si las instituciones o los medios se convirtieron en Karai de la sociedad aragonesa y actualizaron la palabra profética o, de haber sido así, si el logro de la adhesión social a sus propuestas fue usado para reforzar su posición de poder en el interior de la comunidad.** Esta posibilidad hace también necesario comprender si, como señala Marín (1978: 92) en relación al

lenguaje y a la actividad comunicativa, la relación política de poder precedió y fundamentó la relación económica de explotación. El debate sobre si las relaciones de poder quedan determinadas por la economía o el lenguaje recuerda lo que Curran (1997: 73) denomina cambio de un paradigma althusseriano a otro gramsciano y, por extensión, renueva el debate habido dentro de los Estudios Culturales entre los grupos de Leicester y Birmingham (Ibid, 53). En ese marco conceptual, la tesis de Marín de que el poder es anterior al trabajo y, por ello, "antes de que sea económica, la alienación es política" (Ibidem) actualiza lo que hubo de **enmascaramiento de las relaciones económicas en este intercambio simbólico** y lo convierte en objeto de conocimiento. Desde el punto de vista de la emisión (76), la centralidad de lo masivo actualiza el valor de mercancía que tiene la noticia y, por tanto, la inserción de lo informativo en el negocio del entretenimiento (Schíller, 1996); desde la recepción (77), implica conocer hasta qué punto la recepción de las audiencias quedó mediado por el consumo mercantil de un bien informativo (Veyrat-Masson y Dayan [coords], 1997) e, incluso, en qué medida ese entrecruce de lo cultural y de lo económico se trasladó a los contextos privados y domésticos donde se produce la apropiación de lo masivo por parte de los sujetos (Barker/Beezer, 1994).

Tercero. Partiendo de que dentro de las audiencias activas también las marcas inmanentes de los textos condicionan el sentido, la centralidad de la cultura de masas sugiere a ese respecto nuevas preguntas. En concreto, la autonomía reconocida a los profesionales de la información obliga a conocer hasta qué punto sus ideologías mediaron los textos (Wolf, 1994) o si, por el contrario, aceptaron las normas de la hegemonía social (Curran, 1997: 50). De igual manera, adquieren valor los intereses sociales que se vehicularon en forma de fuentes informativas y de recursos discursivos de los periodistas, lo que convierte en objeto de conocimiento **el acceso desigual que unos y otros actores sociales tuvieron a los medios y las relaciones que estos mantuvieron con los centros de poder**. Como señalan Kurt y Gladys Lang (1993: 241), "el reconocimiento público que aseguran los medios de información" hace "de un acontecimiento puramente local un espectáculo nacional". La autonomía plena y el Plan Hidrológico pasaron a ser un referente noticioso de ámbito estatal, en la medida que confrontaron a dos gobiernos o, en otras palabras, a quienes personificaban los Gobiernos Central y Autonómico de Aragón. En ese proceso constructivo **cobran interés analítico los dispositivos, contradicciones e intereses de la codificación medial, pero más aún el complejo proceso de feed back que convirtió ese acaecer institucional en una movilización social** (78).

Ese camino sitúa lo mediático en el centro del combate social por la hegemonía. Como esta no se configura como un bloque homogéneo y estable y sí como un juego de relaciones en continua recomposición (4.2), este proceso social aparece como un episodio más en el que se pusieron en juego algunos aspectos de la dominación política y social en el marco del Estado y en el interior de la sociedad aragonesa. Como recuerda Ang (1997: 89), la hegemonía jamás aparece consumada porque para su perpetuación necesita generar de forma constante asentimiento a las relaciones sociales. Por tanto, importa conocer si los medios ayudaron, actualizando lo dicho por M. Mattelart y Stourdze (1984), a las estrategias de recomposición social entre sociedad civil y política, poder central y local o productores y consumidores. En consecuencia, **se trata de conocer si sus discursos o conductas afectaron a las frágiles alianzas sociales, agitaron algunas resistencias, se aprovecharon de la inestabilidad de las formaciones ideológicas, favorecieron los cambios sociales o reforzaron las relaciones internas de poder y las de dependencia respecto al Estado nación** (4.2). A. Mattelart (1993) enfatiza las repercusiones económicas y políticas de la comunicación destacando que de actividad sectorial ha devenido en zócalo de la nueva sociedad. La asunción de esa centralidad de los medios, e incluso el envite económico que se libró en el interior del sector aragonés de la comunicación, abre la pregunta de si el sistema medial constituye también el corazón de la sociedad aragonesa.

Esta apuesta de conocimiento parte de que, como anota Davara (1992), en la economía del entorno la sociedad íntegra puede ser entendida en términos de marketing y comunicación. Por ello, cuando se prima la comprensión de la comunicación en lo que tuvo de proceso colectivo y cultural, se hace necesario repensar algunas preguntas de la oferta funcionalista (79), en concreto las funciones de información, entretenimiento, cohesión y conformidad que reconocen a los *media* (Wolf, 1991) o ese situar las tecnologías fuera de sus sistemas sociales y la comunicación al margen de sus relaciones con la sociedad (Mattelart, 1993). En este caso, **esa forma de socializar los signos obliga a preguntarse**, tal como hace Martín Barbero (1993), **en qué afectaron a los sistemas de organización del poder o del trabajo, a la reproducción de jerarquías o a la enculturación de la sociedad**. Por tanto, la tematización no aparece sólo como un mecanismo discursivo que presupone una selección y jerarquización de lo real (Velázquez, 1993); se ofrece, también, como una de las actividades enculturadoras que intervienen en la socialización de la gente (Martín Serrano, 1986); los mecanismos retóricos activados, la naturaleza de los discursos puestos en circulación, las rutinas y mecanismos profesionales con que los medios construyeron lo real, el imaginario colectivo que propusieron los medios remiten igualmente a los sistemas de valores, a los intereses institucionales de los medios y a su posición en relación con las ideologías dominantes (Wolf, 1991). Por ese camino

pueden aclararse las intenciones latentes tras la asignación de roles actanciales, el posible valor ideológico de las tomas de posición que fueron recubiertas de un discurso objetivo, las neutralidades saturadas de valores y, en general, la formalización narrativa de cada medio (3; 3.1; 3.2).

Cuarto. La asunción de que el texto se construye también en sus diálogos con la historia y la sociedad abre la puerta a nuevos valores del sentido y, por ello, también a una serie de preguntas que esta investigación debe responder.). La forma en que se actualizaron algunos estereotipos culturales, como el baturrismo y lo pilarista, o mitos religiosos, como la leyenda de San Jorge, prueba que, se infiriera de los textos o de la reacción de las audiencias (80), **esa intertextualidad aparece como uno de los espacios centrales del ideograma** (81). Como la ideología, la identidad o la hegemonía devienen en objetivos básicos de conocimiento, ese espesor cultural y político de la intertextualidad interesa en cuanto práctica significativa y dispositivo de construcción de sentido, pero también en cuanto que determinó los procesos de comunicación y la producción de cultura.

Sin incurrir en las lecturas sociológicas o marxistas (82), esta investigación abre la puerta a la posibilidad de que la producción de identidad y hegemonía se vistiera de ideología (3.2). Como ha recordado Willis (en Skegss, 1994), la ideología interviene *en* y *sobre* lo cultural, produce y es, en parte, producida por lo cultural; de la misma forma, Martín Barbero (1993) ha hecho notar que la hegemonía no puede entenderse como algo que actúa desde fuera, porque se encuentra en su misma textura de la sociedad y opera desde su interior. Estas propuestas siguen la línea de quienes, a la manera de Althusser (1974), ven la ideología como expresión de las relaciones de poder o dominación establecidas dentro del sistema y instrumento de formación de la subjetividad o de la conciencia individual. En esa lógica, siguiendo a Gramsci (1977), lo ideológico se situó en el centro de la forma en que los sujetos vivieron este acontecer y la puesta en juego de identidad; y, cumpliendo la predicción marxiana (Marx y Engels, 1976), ese funcionamiento de la ideología contribuyó a consolidar o subvertir la dominación. A diferencia del largo gemido de la Escuela de Frankfurt, esta lectura culturalista de la ideología o la hegemonía contempla ambas prácticas sociales como **un espacio de combate y contradicciones, donde es posible la resistencia de las subculturas (Beezer, 1994) o formas de subversión de los sin poder (Martín Barbero, 1993).**

En esta investigación esos entrecruces de la ideología, la identidad y la hegemonía se prolongan en otras estrategias y prácticas sociales, de forma especial los procesos públicos mediante los que se implantaron creencias y valores o se activaron unos y otros ámbitos del imaginario colectivo e, incluso, mediante los sistemas de ideas que se interpelaron a los sujetos hasta poner en juego las

relaciones sociales y algunos aspectos de su identidad. La misma duda sobre si estamos ante atisbos de un proyecto de construcción nacional o de un ejercicio de presión territorial hacia el Estado (4.1.2.3) se alimenta de un combate simbólico en el que el sentido producido queda **lejos de ser unívoco**. Siguiendo a Mattelart (1977), esa posible ambivalencia de este acontecer avisa de que esta movilización pudo dar lugar a algún tipo de frente cultural; recurriendo a Fiske (1989), esa reivindicación pudo traducirse en la revalorización social de la subcultura aragonesa (4.2.1.3). Todas estas posibilidades aconseja comprobar si el desarrollo de este acontecer acabó reforzando la relación secular de dependencia que liga lo aragonés a lo español (4.2.1.1), si favoreció el acoso del centro derecha español al Gobierno de F. González o, incluso, si consolidó la hegemonía del bloque social dominante en la sociedad aragonesa (4.2.1.1; 4.2.1.2).

La reivindicación autonomista tuvo lugar en un contexto de creciente acoso medial, político y social al Partido Socialista Obrero Español. Algunos comportamientos y estrategias de la movilización social denotan intentos ideológicos (83) de aprovechar esa estructura de oportunidad política para **vestir de interés colectivo lo que no era más que una batalla partidista librada en condiciones ventajosas de opinión pública**. La necesidad de indagar sobre esos entrecruces del debate político español en la movilización aragonesa conduce a la mediación de lo burgués y lo económico en este proceso social. La mercantilización de la información pone en relación la naturaleza empresarial de los medios con su posición en el conflicto. Esa cara, por otro lado, se hizo mucho más evidente en el conflicto audiovisual. El apoyo de las Organizaciones Empresariales a la autonomía plena refuerza ese hipotético sesgo económico y de clase (4.1.1.4). De ahí que se haga necesario comprobar en qué medida se vistió de identitario un combate que se dibuja cargado de intereses partidistas (4.1.1; 4.1.2) y de efectos económicos para las élites sociales aragonesas (4.1.2.1; 4.2.3). Si la posible instrumentalización económica por parte de los medios conduce a la posibilidad de que se espectacularizara lo real o se persiguiera una diversión racional, la presencia de lo burgués avisa de que pudo crearse el consenso social a través de adaptaciones del pensamiento único dominante en la economía global.

Tanto el funcionalismo como el marxismo o el pensamiento radical norteamericano han enfatizado la tendencia de los medios a reproducir las relaciones de dominación existentes. En palabras de Schíller (1996), las cuestiones consideradas básicas para el sistema social cuentan con el apoyo de los medios. Igual que eso explica el apoyo a las manifestaciones por la autonomía plena y el agua o su colaboración con el conjunto del sistema de poder aragonés, algunas conductas de los medios sugieren motivaciones menos lineales y más contradicciones. Como señala Cohn (1974: 45), la

ideología trabaja en la industria cultural, sobre todo en aquella que, como la masiva, carece de la autonomía de la obra de arte y pueden casi reducirse a las condiciones económico sociales de fabricación. Esa hipótesis explicaría no sólo que los medios se posicionaran a favor de la movilización por el interés comercial de fidelizar o conquistar públicos; igualmente aclararía que hicieran frente al mismo Gobierno con el que habían colaborado tan pronto como consideraron afectado el futuro de su negocio. De ahí la necesidad de comprobar si **el mercado y la empresa** también operaron aquí como espacios estratégicos (Mattelart, 1993) e ideológicos (Schíller, 1996) e, incluso, si esa mediación de lo económico, y por tanto de la clase, acabó imponiéndose a la identitaria y al pulso echado a la hegemonía estatal.

Cohn (1974) anota que algunos enfoques discursivos de la ideología tienden a situarla fuera de la historia, a comprender su sentido al margen de la cultura o a identificarla exclusivamente con lo lingüístico. En este caso, a la comprensión de lo ideológico en su proceso de *manufactura discursiva* (84) se suma su vinculación con las ideas que apoyaron la propia base económica de la sociedad para perpetuarlas (Wells, 1994: 187). Así la manera de oscurecer lo real con significados míticos (Williamson, en Wells, 1994: 192) o los efectos de las ideologías entrecruzadas en los relatos (85) sobre la subjetividad de los receptores (Blake, 1994) reenvían a ese posible carácter de clase de la movilización y al protagonismo que los medios dieron al pueblo, a las familias y sectores populares. La **oscuridad del enunciado interclasicismo** de las manifestaciones también revaloriza el papel de los mensajes como sistemas ideológicos que pueden reforzar las condiciones de producción y de existencia (Cohn, 1974: 47) o, incluso, el uso de la ideología en el valor de falsa conciencia, de enmascaramiento, que Marcuse y Adorno (86) consideran necesaria para que cumpla su papel reproductor de las relaciones de dominación.

Quinto. El olvido en el que durante décadas el pensamiento social dominante ha sumido la cuestión nacional o los problemas de la identidad colectiva ha dejado paso en las Ciencias Sociales a un interés creciente por los problemas de la identidad cultural, sobre todo en la medida que la uniformidad y hegemonía del estado nación se ha ido viendo quebrada por efecto de algunas lógicas de la globalización económica y cultural. Según Champagne (1993), esa preocupación por lo nacional o las identidades cultural ha sucedido al librado en los años setenta alrededor del imperialismo cultural. Esta investigación no tiene que ver con algunas formulaciones modernas de la identidad, como las referidas al componente multirracial de las nuevas sociedades postindustriales; dialoga, más bien, con los **problemas de inserción en el estado nación que padecen las identidades territoriales**, tal como definen estos Keating (1996) o Brass (1997) y Hardin (1997). Esa constatación da valor

epistemológico al componente soberanista de la movilización o a la posible lucha por los recursos y las oportunidades que pudo subyacer a la autonomía plena y al agua. Ese análisis conduce al tipo de identidad, étnica o cívica, que se produjo (4.1.2) o a lo que aportaron en esa producción el territorio, la cultura, las lenguas, las instituciones o la historia.

Los enfoques culturales más recientes de la identidad enfatizan que esta se construye preferentemente en el **ocio** (Dayan [comp], 1997) y en **espacios cotidianos** (Barker/Beezer, 1994). Esta perspectiva no quiebra la preeminencia reconocida a los discursos sociales dominantes, sea el folletín o la novela, el periódico o el cine y la televisión, como transmisores culturales de lo nacional o, incluso, como impulsores y creadores. Pero, por un lado, sitúa en el centro del análisis el espacio público moderno en el que tuvo lugar la construcción de lo social y, por tanto, en el que se entrecruzan los procesos de comunicación, los discursos y la intertextualidad; y, por otro, reenvía al papel central de la interdiscursividad a la hora de producir identidad o poner en cuestión las relaciones de poder. De ahí que haga necesario indagar sobre la contribución que el tiempo libre y la fiesta hicieron a la producción de identidad aragonesa (4.1.1.5) o sobre los frenos y oportunidades que la cotidianidad social abrieron a algunas intertextualidades, como al sentimiento de agravio y a la animadversión a lo catalán (4.1.1.4; 4.2.1.).

Ese situarse en el entorno del estado nación no merma la mediación que sobre esta movilización ejercieron los debates políticos, los procesos económicos e informativos, de la globalización. En esa clave de lectura surge la hipótesis de que esta reivindicación aragonesa formara parte de la crisis del Estado nación y de la emergencia de identidades políticas territoriales o, incluso, de que el conflicto audiovisual constituyera algún tipo de respuesta nacionalista a la internacionalización de los flujos informativos y de la cultura. Giner (1994) destaca que **la formulación de lo nacional se adapta a la identidad de cada comunidad**. Ese supuesto puede aclarar la escasa relevancia que tuvo el debate sobre lo diferencial, el respeto a lo español que se dejó notar en la movilización o el énfasis que se puso en las relaciones de dependencia y dominación del Estado o de otros territorios (4.1.2; 4.2.1.3). Con todo, no debe menospreciarse el **mimetismo** con otras identidades subestatales, sobre todo con aquellas que, como Escocia o Quebec, compartieron avatares reivindicativos y nacionalistas. Esos reenvíos, o los que la relacionaron con el proceso autonómico español, aconsejan conocer hasta qué punto la autonomía plena se sitúa entre las tensiones que, como señala Keating (1996), viven las identidades minoritarias dentro del Estado-nación. En ese horizonte, adquiere interés analítico la fórmula soberanista incluida en la autonomía plena y las posibles huellas del colonialismo interior detectado en el Reino Unido (Máiz [comp], 1997) en algunos discursos aragoneses (4.2.1.3; 4.1.1.4).

En suma, esta investigación persigue explicaciones de lo nacional que vayan más allá de la dicotomía política o cultural (Máiz, 1997; Llobera, 1996) e, incluso, una lectura de la identidad que supere las limitaciones de la sociología o de la psicología social (Curran, Morley y Walkerdine [comps], 1998). Asume que la diversidad discursiva, comunicacional, social y cultural está lejos de existir como algo homogéneo; su espesor se concibe más bien, a la manera culturalista, como un espacio abierto en el que conviven **contradicciones, divergencias, pluralidad**. Ese marco epistemológico postmoderno impide hablar de una producción ideológica uniforme, lo que afecta a todo lo textual: Primero, a los discursos dominantes, en concreto los institucionales o mediáticos; segundo, a los discursos e intercambios simbólicos interpersonales o de los grupos minoritarios que también construyeron la reivindicación aragonesa e hicieron posible su valor identitario y nacionalista o sus componentes culturales y económicos; y por último, al encuentro que los sujetos mantuvieron con el texto, de forma especial a las intertextualidades activadas por los textos o creadas por los usuarios.

2.3.2. Metodológicos

Siguiendo a Jensen (1993) o a Althusser (1974b), esta producción de conocimiento se aleja de un enfoque idealista desde el momento que reconoce la primacía de las condiciones materiales de producción y asume el carácter histórico de esta investigación y de la realidad social objeto de estudio. Dentro de esas perspectivas epistemológicas, el estudio de un proceso social en cuanto signos y textos usados socialmente a partir del lenguaje y de la experiencia de los propios usuarios sitúa esta investigación en un espacio interdisciplinar que hace tan necesarias las herramientas del *paradigma del significado* como las de la teoría política y de la economía o las perspectivas de los métodos cuantitativos como los de los cualitativos y la descripción e interpretación de los procesos como la formalización teórica. De ahí que esta forma de explicar discursiva y socialmente esta movilización de la sociedad aragonesa presuponga un metalenguaje (87) lleno de entrecruces conceptuales e instrumentales. Jensen (1993: 15) recuerda que cualquier apuesta analítica condiciona tanto el marco teórico y los métodos como las preguntas y objetivos de conocimiento a cubrir. En este caso, esa voluntad de hacer de la búsqueda del sentido una crítica social deriva en un eclecticismo teórico que se traslada a las cuestiones metodológicas (ver 2.2). Desde esa posición, esta propuesta aspira a que la combinación de perspectivas y métodos permita un conocimiento holístico de lo social o, en otras palabras, a que los distintos conceptos teóricos y herramientas analíticas se complementen y compensen.

Para una parte del pensamiento científico la realidad cultural producto de la acción humana el pensamiento científico acaba siendo un asunto de imaginación (Mignolo, 1978) o un acto de impostura (Levi Strauss, 1996). El entorno postmoderno, en el que pretende ubicarse esta propuesta, asume ese escepticismo epistemológico, hasta el punto de creer que el conocimiento de lo real acaba en un deslizamiento permanente del significante que hace imposible la producción de sentido (Hall, 1998: 31) o que conocer equivale a sustituir lo social por simulacros que, por muy hiperreales que sean, acaban produciendo ciencia ficción (Baudrillard en Morley, 1998: 110). Como avisos de los obstáculos epistemológicos que plantea el conocimiento que se persigue, esta investigación asume esa opacidad y espesor de lo social, aunque no renuncia a la explicación de sus lógicas ni a la descripción de sus sistemas de organización discursiva y cultural. Según Martín Barbero (1993), los discursos forman parte de los sistemas de organización del poder o del trabajo, del conjunto estratégico de prácticas sociales que reproduce jerarquías o encultura y socializa. De ahí que, como apunta Jensen (1994: 13), se recurra a la exégesis y a examinar el sentido como un proceso que se contextualiza y se integra en las prácticas sociales y culturales.

Estos objetivos llevan a eludir las totalidades o desconfiar de lo general y abstracto. Hall (1998: 49) anota que cualquier tipo de relación social con lo real sólo puede ser experimentada dentro de unas categorías culturales e ideológicas. Reinterpretando a Althusser, recuerda que las relaciones sociales existen de forma independiente a la mente y al pensamiento del investigador, pero sólo pueden ser conceptualizadas mediante la intervención de un sistema de representación. Desde ese presupuesto cualquier conocimiento adquiere un valor cultural y, por tanto, relativo a la sociedad desde la que se produce; sin embargo, lejos de derivar de una epistemología empírica, el sentido resulta de un trabajo discursivo y teórico. Como esta investigación dialoga con esa tradición comunitarista y culturalista, su perspectiva analítica se ubica entre la observación partícipe y la crítica textual, pero no olvida que, como ha hecho notar Paul Hirts y ha asumido la teoría del discurso, no hay ninguna correspondencia necesaria entre lo real y el sentido producido en cualquier práctica social (en Hall, 1998: 32) y, por tanto, lo social plural, diverso y contradictorio difícilmente puede aprehenderse en analíticas concretas, por perfectas que estas sean. Esa unidad compleja de lo real hace que cualquier significante se deslice de forma permanente. Más aún, en búsquedas como las relacionadas con la producción de hegemonía o identidad. Hall (1998: 31) abre las puertas a una cierta construcción fiable del sentido a través de la "articulación", entendida como costumbre sistemática o norma reguladora. Pero Gilroy (1998: 82) ya anota que la formación de identidad incluye procesos caóticos y el mismo Hall avisa de la pluralidad de fuerzas y conflictos que afectan a la hegemonía (Ibid, 41) o de las cadenas asociativas que activa cada ideología (1998: 47).

Tras comprobar que el mundo actual aparece tan incomprensible como el que nos describían los mitos, este intento de producir un conocimiento fiable que respete la integridad de lo social queda obligado a tomar en cuenta la convicción de Levi Strauss (1996) de que el lenguaje de la lógica y la razón ya no es el apropiado para comprender lo real (88). Como reflejo de la crisis abierta en el cientifismo estricto, sobre todo en las ciencias humanas y sociales, esta deducción conduce a fórmulas de diálogo entre las diferentes formas de pensamiento lógico e, incluso, con formas míticas de comprender explicativamente lo real. El entorno académico de esta investigación no imposibilita ese recurso a herramientas próximas a la filosofía, el mito o la cultura popular, sobre todo en la medida que ayudan a articular un conocimiento fiable. Por ello, asume las limitaciones de los lenguajes lógicos y matemáticos para expresar el pensamiento científico o los fracasos de la ciencia cuantitativa para comprender la realidad social o los hechos humanos. Aunque se descarta una referencia global a formas no científicas de pensamiento, se apuesta por experimentar esa convergencia entre diferentes formas de comprender lo real desde la convicción compartida con Goldman (1968) de que el arte o la filosofía abren posibilidades de conocimiento ajenas y superiores a las ciencias naturales.

Piaget ha afirmado la necesidad de trabajar con dos epistemologías, una normativa y otra genética: Aquella se ocupa de determinar cuales son las condiciones de verdad del conocimiento producido; esta trata de establecer mediante qué actividades el sujeto llegó a construirlas y a considerarlas superiores (Maldonado, 1994: 183). En esta investigación la primera determina el carácter relativo, cultural, del conocimiento que se produzca (ver capítulo 6); la segunda obliga a afirmar la especial adaptabilidad de los enfoques cualitativos, y en concreto de la observación participante o la triangulación, o del espacio teórico que une la semiología con el marxismo. Como se trata de constatar la significación que los mismos participantes dieron a sus acciones y de interpretarla en función de unas lógicas sociales, los diferentes actores sociales se convierten en participantes que vivieron de una determinada manera el acontecer a través de sus discursos. Sus relatos, los titulares mediáticos, las declaraciones institucionales o espontáneas de los sujetos se convierten, a un tiempo, en dispositivos que construyeron discursivamente lo social y en herramientas que nos permiten comprender su valor ideológico y social. En esa ambivalencia importan los usos de cada lenguaje en un determinado contexto social, pero más aún sus lógicas internas, a la manera de la estructura significativa de Goldman (89).

En suma, este análisis discursivo y social de la movilización comunitaria generada, primero, por la Autonomía Plena y, después, por el convenio audiovisual persigue como objetivos metodológicos:

Primero. Articular un marco teórico y metodológico ecléctico que asegure la suficiente coherencia interna y conforme un discurso científico diferenciado, pero que sobre todo permita hacer del análisis del sentido una crítica social. Para ello, a la homogeneidad que proporciona la discriminación de lo real social desde los paradigmas *de la comunicación* (Martín Serrano, 1978; Williams, 1992a) o *del significado* (Wolf, 1991), se suman las aportaciones de otras propuestas que hacen emerger las funciones políticas y sociales de los signos y los discursos (Mattelart, 1993). De esa forma, este análisis se configura como metalenguaje a partir del marco teórico y procedimental de las Ciencias Sociales y Humanas, pero ni siquiera descarta la contribución de formas no científicas de pensar lo real, como la filosofía y la historia o el análisis literario, de los mitos y del folklore. Consciente de que esta interdisciplinariedad puede generar contradicciones teóricas y analíticas, se apuran las posibilidades de complementariedad que ofrece cada perspectiva, aún a costa de que, como señala Eco (1993) y recomienda Jensen (1993: 65) recordando a Mills, el **método sea finalmente inventado o experimental**. Por esa misma razón se prima la búsqueda de un método **flexible, integrador, riguroso y eficaz**.

A ese respecto, como señalan Jankowski y Wester (1993: 59) al hacer notar que acumulan doscientos años de aplicación en la investigación social y humanística, la débil sistematización de sus procedimientos o la mediación de lo subjetivo no ponen en cuestión la capacidad comprensiva de los métodos cualitativos. Como ha constatado Althusser (1970; 16), el conocimiento social no es "el puro y simple calco, la pura y simple lectura inmediata de la realidad", sino "el resultado de todo un proceso de conocimiento que incluye varios niveles o grados de elaboración". En ese necesario discurso teórico, suficientemente abstracto, la descripción y la interpretación cualitativa se ofrecen como herramientas suficientemente probadas en la comprensión de lo concreto y en la producción de un cierto grado de formalización. Sobre todo, si se tiene en cuenta que no se persigue una generalización excesiva o explicaciones totalizadoras. Más que asignar este proceso social a alguno de los modelos existentes sobre la construcción nacional o las movilizaciones identitarias en las sociedades modernas o elaborar un modelo propio a partir de algunas de sus características diferenciales, esta investigación busca penetrar en **el sentido de lo que se dijo, se hizo o se propuso y no llegó a hacerse**, para inferir a partir de esos signos **causalidades, intenciones y lógicas sociales que se actualizaron**. En la línea marcada por Althusser (1970), se persigue una síntesis entre los conceptos teóricos y empíricos, entre el sentido conceptual y la pluralidad de lo concreto. Esto implica respetar la complejidad y contradicciones de la realidad social, aún a costa de asumir la producción de un conocimiento débil o equívoco.

Segundo. La primacía que se reconoce a la observación participante o a la crítica textual presupone la aceptación de que, como ha recordado Frye (1996), la subjetividad y la ideología estructuran cualquier proceso de conocimiento, sin interferir de forma necesaria en su cientificidad. Esta posición implica, primero, la discrepancia con quienes asocian el rigor procedimental y la fiabilidad del conocimiento con la neutralidad y la objetividad; segundo, la asunción de que los fenómenos sociales sólo existen para los sujetos en cuanto que son *vividos* dentro de la cultura; y tercero, que esa vivencia implica una serie de valores aprendidos socialmente, unos sistemas de representación que, por enmascarados que estén, permiten *experimentar* gracias lo social. En este caso, la apuesta por el conocimiento empático revaloriza esa mediación de **la matriz social** de la gente que observó e interpretó las conductas de los demás y vivió el acontecer a través de sus dichos y sus hechos. E, incluso, la del propio investigador y, también, partícipe de ese proceso social. Sobre unos y otros operaron mecanismos de lo que Morley (1993; 1997) denomina comunidad de interpretación o de lo que califican Mulhall y Swift (1996) matriz comunitarista, herramientas que adquieren así pertinencia analítica y valor epistemológico.

No todos los tipos de observación partícipe se adaptan a las características de este proceso social o de esta investigación. De ahí que se considere necesario optar por aquellas herramientas que dan satisfacción a las exigencias del análisis, como la vivencia del participante o la triangulación, y sobre todo por aquellas formas de observación partícipe que mejor pueden contribuir a la producción de conocimiento: La **observación de masas** permite explicar los estados colectivos de euforia, tensión y miedo siguiendo las interacciones entre los participantes y los medios de comunicación, lo que vale especialmente para las manifestaciones autonomistas o la moción de censura; la **observación múltiple** facilita la comprensión de comportamientos colectivos en procesos limitados en el tiempo y el espacio, tal cual fue esta movilización social. Como el significado se entiende más en términos relacionales y contextuales que esenciales, se usa en lo posible la explicación causal o **interpretación significativa**, en el valor que le da Weber de inferir a partir de lo observado o vivido para poder darle un sentido (en Lang y Lang, 1993).

En unos casos se ha reprochado a los enfoques cuantitativos su debilidad metodológica a la hora de globalizar los datos y de situarlos en un sistema teórico (Gitlin en Jensen, 1993: 65); en otros se puesto de manifiesto que es difícil generalizar a partir de experiencias convertidas en discurso mediante la técnica de "foto instantánea" (Newcomb, 1993; 127). Esta constatación de la dificultad del empirismo cuantitativo o cualitativo para convertir los datos en una visión global de los procesos que

se estudian avisa de que en este análisis **el paso de lo concreto a lo general puede estar lleno de obstáculos**. Por un lado, combina métodos cualitativos, como la observación participante o la crítica textual, que estudian en un caso lo social en lo que tiene de proceso y en otro de producto acabado, por lo que esta investigación queda sometida al esfuerzo metodológico de **combinar dos perspectivas contrapuestas** en función del momento y de la necesidad del análisis. De hecho, esa misma necesidad se plantea cuando se combina la búsqueda de conocimiento empático y de análisis histórico, puesto que se trata de usar el conocimiento que la gente da a sus acciones y la mirada distante e integrada del historiador. Por otro, la centralidad profesional del observador en la construcción y en la vivencia de este acontecer no quita valor al aviso de Newcomb (1993: 124) de que "la investigación cualitativa depende a menudo de factores que **el investigador no controla en su totalidad**", sobre todo si esas **variables resultan básicas para el "acceso" al conocimiento**. Por más que fueran asequibles al observador aspectos nucleares de aquella realidad o que la forma de vivir la realidad de otros participantes quede en gran medida documentada mediante publicaciones, encuestas, declaraciones de las audiencias o titulares mediáticos (90), la inmersión en la realidad estudiada aparece limitada y eso puede comprometer la pretensión de validar la búsqueda del sentido como una crítica social o de atribuir al conocimiento producido finalidades políticas emancipadoras (91).

Tercero. La preeminencia que se reconoce a la descripción y la interpretación o al método abductivo abre la puerta a que, de acuerdo con las pautas que han convertido en científicamente hegemónico lo hipotético deductivo, el conocimiento aquí quede en el terreno de la contingencia y de lo mítico. El desmarque respecto a la dicotomía excluyente entre lo inductivo y lo deductivo no oculta la asunción de que sin teoría no hay conocimiento científico; por tanto, este análisis queda obligado a buscar un **equilibrio entre el empirismo y el constructivismo** (92). La misma búsqueda de una comprensión fenomenológica de este proceso no requiere un alto grado de formalización, pero sí exégesis descriptiva o interpretativa (Tuchman, 1993). Por tanto, aunque renuncia a formular leyes generales explicativas de todo el proceso social o a redefinir gramáticas ya elaboradas e intenta mantener la necesaria proximidad entre el hecho concreto y la generalización teórica, el eclecticismo de esta investigación necesita encontrar **soluciones adecuadas** a las oportunidades o exigencias de cada propuesta metodológica y problema de conocimiento.

Los modelos del **análisis estructural del relato**, que Larsen (1993: 55) considera suficientemente probados en el estudio de la comunicación de masas, facilita la comprensión de las noticias como historias y los códigos culturales o las estructuras narrativas que guiaron esa discursivización. La

generalización simbólica permite construir teoría científicamente fiable, porque salva la limitación de datos sobre este acontecer, al apoyarse no en la acumulación estadística necesariamente representativa, sino en las relaciones establecidas entre varios conceptos teóricos. La **teoría fundada** y la **inducción analítica** posibilitan el conocimiento de esta movilización colectiva, porque ambas facilitan el paso de las observaciones dispersas y fragmentadas a la interpretación discursiva que produce un cierto grado de generalización cualitativa sin perder de vista el dato (93). Y, sobre todo, la **triangulación** facilita en este caso que el uso combinado de métodos diversos compense la debilidad de uno con la fuerza del otro.

Por otro lado, este tipo herramientas del análisis cualitativo **compensan excesos** habituales en las disciplinas **humanísticas** que, como anota Jensen (1993), han demostrado una tendencia decidida a la formalización (Jensen, 1993). La renuncia al análisis de los procesos que evidenció la teoría crítica o la obsesión por los códigos que ha demostrado la tradición estructuralista y semiológica se convierten en la inducción analítica o en la teoría fundada en preocupación por lo concreto y en respeto a la dinamicidad o complejidad histórica de lo real. También los métodos abductivo y hermenéutico (94) hacen compatible una cierta formalización con el carácter necesariamente histórico del conocimiento: Aquel se aplica en los términos de inferencia a partir de lo particular real que le otorga Peirce; este se usa por su adecuación al análisis de los procesos y, pese a su dificultad para comparar situaciones concretas, por su capacidad para facilitar una visión holística sin romper la naturaleza histórica de los datos. Uno y otro encajan dentro del **cuidado a los pasos intermedios de la formalización** que persigue este análisis.

El interés por los posibles efectos sociales de los discursos mediales e institucionales o por el posible cumplimiento de algunas fases de una *nation building* impone un enfoque histórico de este acontecer. Esa revalorización del eje de las sucesividades, a costa a veces de los análisis transversales que recomienda Levi Strauss (1968), da valor metodológico a los diferentes momentos de los hechos e, incluso, a la distancia temporal entre aquellos hechos y esta investigación: Como el largo plazo apenas puede atisbarse todavía, esta propuesta prima el **corto y medio plazo**. En ese horizonte puede atisbarse ya la evolución de aquel clima de exaltación identitaria o de los cambios que insinuó en el mercado político y mediático. Desde la perspectiva de docente Vernier (1974: 73) ha recordado que los códigos (95) no son "instrumentos de expresión o transmisión neutros", sino "producidos y utilizados [enmascarándolos] por la clase dominante". La traslación de ese argumento a esta investigación hace evidente que, al seleccionar el tipo de efecto social de los medios que se desea seguir, la ideología late también tras las herramientas analíticas elegidas.

Cuarto. Al concentrar su interés en la socialización del signo, esta investigación sitúa en el centro de la reflexión científica no tanto **al texto**, como al hecho social del que forma parte y, en particular, al **contexto**. Se trata, como señalan Morley y Silver Stone (1993: 181), de investigar los modos específicos en que los discursos y la comunicación, adquieren significados particulares y concretos en su encuentro cotidiano con los sujetos. Por tanto, la mirada de esta reflexión se concentra en el intercambio simbólico como proceso social y cultural. Esa apuesta descarta una aplicación tecnocrática del **marketing**, organizador del intercambio voluntario para Lambin (1991), pero no una valoración de su posible uso en este proceso social como instrumento de **dominación y reproducción social** a la manera apuntada por Mattelart (1993). También se sitúa en el centro de la reflexión el tipo de **espacio público** desde el que se construyó discursivamente lo real, porque su naturaleza burguesa o moderna condiciona el tipo de conductas, de discursos y de participación social que tuvo lugar. Y, puesto que la comunicación masiva necesita prolongarse en la conversación para producir efectos sociales (Katz, 1997), este proceso social reenvía también a la **cotidianidad social** y a la **interdiscursividad** a través de la cual los sujetos dieron sentido a las diferentes propuestas textuales.

Para ello se hace necesario superar los obstáculos vividos por la investigación de la comunicación social para comprender distintos reenvíos que tienen lugar en la comunicación social. De hecho, la investigación del contexto va más allá de la medición empírica que pudieron aportar los sondeos de opinión o los resultados electorales o del computo estadístico sobre las ideas vehiculares que puede proporcionar el análisis de contenido; incluso supera las capacidades de los diferentes tipos de observación participante o de etnografía social para comprender los procesos sociales en su marco natural (96). El discurso de las audiencias reenvía también a técnicas cualitativas capaces de explorar las narrativas ordinarias que producen significación o, al menos, de implementar las conclusiones de algunos métodos cuantitativos. Sin embargo, hacer visible la producción de sentido desde la centralidad del encuentro de los sujetos con el texto implica aventurarse por un terreno mucho más difícil de comprender que los discursos no verbales. Y, hasta ahora, la teoría del discurso se ha revelado incapaz de trasladar a estos los modelos lingüísticos verbales. De ahí que la pragmática se revele aquí insuficiente en ese empeño y haya que usar el marco **interdisciplinar** del **análisis cultural**.

Tomando como referencia los tres enfoques que Schudson (1993) propone para un análisis histórico de la comunicación social, esta investigación busca comprender "lo que la comunicación nos dice

acerca de la sociedad y lo que la sociedad nos cuenta de la comunicación" (Ibid, 214) y, por tanto, reenvía, sobre todo, a la "**historia** propiamente dicha". Si Park equiparó a los medios de comunicación masiva con los narradores orales hasta darles la capacidad de construir una identidad común a través de las noticias (Tuchman, 1993: 101), Schlesinger ha destacado el protagonismo de la comunicación social dentro de los procesos de construcción nacional llevados a cabo en el marco del Estado nación (Schudson, 1993: 226). La traslación de ambas hipótesis a esta investigación obliga a preguntar cómo y por qué este proceso social generó conciencia de identidad colectiva (4.1.1) y hasta dónde llegó ese movimiento identitario, si devino en un discurso nacionalista vivido por la sociedad o si, más bien, algunos actores sociales construyeron un nacionalismo de diseño (4.1.2). Esas preguntas dialogan con la complejidad de la codificación y la distribución de los mensajes (Cohn, 1974), en concreto con los componentes ideológicos presentes en la **semántica** de cada discurso e, incluso, en el **estilo** que dominó la interdiscursividad social, porque, como anota Larsen (1993: 156), la ideología no es tanto cuestión de contenidos como del modo en que estos se estructuran. Ahí esta reflexión se interesa por la **connotación**, en el valor que le atribuyó Barthes de significado "no natural" (Ibid, 154), porque ayuda a leer el sentido como una crítica social desde dentro del discurso.

Esta preocupación por el texto y el contexto se sitúa en el centro del debate sobre **donde se produce la clausura del sentido**. Si seguimos a Fiske (1989) el texto es el único lugar donde se cierra el sentido y, por tanto, un estudio discursivo queda en condiciones suficientes para explicar la construcción de significaciones; tomando como referencia a Morley (1997: 39), lo social es también un lugar donde se cierra el sentido, por lo que la lingüística, la teoría del discurso y la crítica textual se revelan insuficientes para explicar el proceso de apropiación y uso de cada texto o su posible resemantización. Ya no se trata sólo, en palabras de Barker y Beezer (1994: 14), de que "los estudios de la producción quedan incompletos si no hay una atención igual y amplia al momento del consumo". La cuestión radica, como sugiere Van Dijk (1993: 145), en que los contextos socioculturales condicionan cualquier cognición social y eso afecta tanto a emisores como a los receptores. Más allá del reconocimiento de las audiencias activas, importa hasta dónde llega su capacidad o libertad para resemantizar los textos. Para echar luz sobre esa pregunta se usan conceptos del análisis cultural, como las **lecturas preferidas, el placer como forma de resistencia y subversión o la comunidad interpretativa**, pero sobre todo se asume que la cultura marca la emisión y la recepción de la comunicación, por lo que unos y otros semantizan a través del sistema simbólico de la sociedad.

Quinto. La centralidad de la comunicación de masas que Mattelart (1993) atribuye al actual Sistema-Mundo se trasladó a este proceso social, como prueba, primero, su **posición privilegiada como participantes** de la movilización autonomista y del malestar generado por el convenio televisivo y, segundo, **su liderazgo respecto al resto de los discursos y actores sociales**. Si el estudio de la Escuela de Chicago sobre el recibimiento que esta ciudad dio al general Mac Arthur tras su cese permite operar como modelo explicativo de cómo los medios transformaron la percepción de los sujetos sobre las manifestaciones autonomistas, el poder de ese liderazgo social de algunos medios aclara también la forma en que se fraguó el consenso social sobre la reivindicación o, incluso, si una parte de aquella realidad se construyó pensando en los medios. El margen de influencia de los acontecimientos mediáticos, la articulación de la conformidad social, la imposición de una socialidad dominada por lo emocional simbólico y lo espectacular noticioso aparecen como preocupaciones adheridas a esa centralidad de lo medial. Pero, a ellas se suman otras preguntas más explícitamente políticas, en concreto si los medios actuaron movidos por su naturaleza empresarial o si lo hicieron por intereses institucionales y, en este último supuesto, hasta qué punto se aprovecharon de su posición para reforzar algunas relaciones sociales de poder y subvertir otras.

Estas preguntas sobrepasan las preocupaciones del funcionalismo, concretadas en las funciones reguladoras del sistema social, en su papel de dar cohesión a la sociedad y asegurar la conformidad mediante la información que facilitan (Saperas, 1985); igualmente, van más allá de las capacidades de la Mass Communication, aunque no se desdeñan algunas de sus aportaciones como la circulación de la información en doble flujo o sus herramientas y conceptos para analizar la evolución de la opinión pública (Wolf, 1994). El mismo análisis discursivo se revela aquí insuficiente, porque facilita la comprensión de los mecanismos internos de producción de la significación medial y sus códigos (Van Dijk, 1993: 135), pero no permite "dar voz a los significados que se producen aquí y ahora" en el marco de la cultura de masas (Barker y Beezer, 1994: 17) ni explorar el valor social y cultural de los signos mediáticos producidos (Jankowski y Wester, 1993). Pese a que incluyen planteamientos y procedimientos divergentes, cuando no contradictorios (97), la comprensión del intercambio simbólico que activó el sistema medial aragonés se afronta mediante **modelos culturalistas** que permiten comprender cómo "las noticias comunican a través del 'sistema simbólico' de la sociedad. Se inspiran en los supuestos, en las imágenes y en las cadenas de asociaciones que están incrustadas dentro de la tradición cultural" (Curran, 1998: 190); y, también, a través de métodos de **análisis social**, como la sociología de la vida cotidiana de Cicourel, la etnografía o la crítica textual, porque pueden producir conocimiento empático a partir del análisis de la experiencia concreta tal como fue vivida en el interior de una cultura.

Más que bucear en el discurso de los actores sociales y de las audiencias o en la comprensión de los dispositivos discursivos y textuales, se hace necesario en este caso comprender la comunicación de masas como **proceso social** (Habermas, 1994) y en **su funcionamiento dentro de la sociedad** (Mattelart, 1994). Este planteamiento de lo noticiero conduce a preguntas que requieren un enfoque interdisciplinar, sin excluir siquiera aportaciones de formas no científicas de pensamiento, como la literatura, la filosofía y el arte. Comprender la naturaleza de los discursos mediales o la materialidad institucional de unos y otros soportes mediáticos exige entrecruces de métodos cuantitativos y cualitativos, de modelos semiótico textuales, culturales y sociológicos. El espesor institucional y social de la cultura de masas requiere lo que Hall (1998) ha denominado un **eclecticismo productivo** o, lo que es lo mismo, una síntesis de conocimiento que, aceptando las limitaciones de la ciencia en la comprensión de lo social, aproveche en lo posible lo mejor de las diversas tradiciones para lograr esa "inclusividad sincrética y exclusiva" (en Curran, 1998: 451). De ahí que esta reflexión opte por **formas de pensar abiertas**, donde se entrecruza lo científico y lo mítico con lo sociológico, artístico y filosófico.

La Escuela de Frankfurt atribuyó a la ciencia una función de dominación social y llegó a responsabilizarla (98) de la decadencia de la cultura teórica (Therborn, 1972). Dado que se entiende la ideología dominante como una inestable constelación de ideas y temas (Curran, 1998: 444), este proceso de investigación activa formas de pensamiento social y genera conocimiento que afecta a conceptos política y socialmente hegemónicos, como los referidos al discurso nacionalista, a la producción de identidad y a la formulación del Estado nación. Además, sigue algunas tradiciones metodológicas, en concreto la que busca puntos de encuentro entre lo cuantitativo y cualitativo o prima la socialización de los signos, y pone otras en cuestión, como la reducción de lo científico a lo cuantitativo, a la objetividad, a la formulación de teorías generales o a lo hipotético deductivo. En consecuencia, aunque no cambie la configuración del pensamiento social y de sus metodologías, **implica una toma de posición y, por tanto, una práctica política**. En esa perspectiva esta investigación configura un entorno teórico alejado de quienes, en palabras de Althusser (1970: 43), reducen la producción de conocimiento a un proceso sin sujeto ni fines, pero también del idealismo marxiano que hace del pensar crítico un instrumento de las clases oprimidas (Jay, 1974). El conocimiento participativo que se persigue reformula en unos casos las relaciones sociales y las reproduce en otros. Esta mirada sobre el funcionamiento de la masificación a lo largo de esta movilización colectiva pretende, si no es posible mover a la acción, crear al menos "una mayor

conciencia" del espesor cultural e institucional **de lo medial**, para evitar así "los riesgos psicológicos y sociales más serios" (Williams, 1992b: 252).